

Bajo el indiferente azul del cielo

Rafael Cuevas Molina



MONTE AVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

COLECCIÓN CONTINENTES

Bajo el indiferente
azul del cielo

Rafael Cuevas Molina

Bajo el indiferente
azul del cielo



1.^a edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2023

Bajo el indiferente azul del cielo

© Rafael Cuevas Molina, 2023

IMAGEN DE PORTADA

*Cottages with a woman working in
the middle ground* (1890).

Vincent van Gogh

Técnica mixta sobre papel verjurado, 47 x 62 cm

Instituto de Arte de Chicago

DIAGRAMACIÓN

Fabiola Arneaud

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C. A., 2023.

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, urbanización El Silencio,
municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Teléfono: (58 212) 485.0444

www.monteavilaeditores.gob.ve

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

DEPÓSITO LEGAL: DC2023001399

ISBN: 978-980-01-2388-1

*Bajo el indiferente azul del cielo,
esta meditación es un consuelo.*

JORGE LUIS BORGES

*No me gustan las cosas que se instalan por la noche
como una amenaza que se dice por lo bajo.*

MARÍA JULIA MAGISTRATTI

Yo recordaré por ustedes.

JUAN FORN

*Siempre hay algo real,
pero no es eso lo que en realidad se cuenta.*

RICARDO PIGLIA

El rostro del mal

Se habla sobre cómo serán quienes pululan en el mundo paralelo, de los que solo se sabe por sus acciones subrepticias y sigilosas, muchas veces llevadas a cabo a plena luz del día, pero siempre en secreto, saliendo desde la sombra. De algunos hay imágenes, pero lo único que se ve son individuos ordinarios cuya estampa ya se conoce; sus rostros anodinos que no dicen nada, aunque tal vez se descubran rasgos repugnantes que pueden ser solo la proyección de nuestros sentimientos.

Sin poder precisar sus semblantes, el timbre de su voz y sus gestos se asocian con lo que disgusta o desprecia o se ve con desdén y asco. Son la imagen de lo negativo, de lo que se rechaza y no se quiere, de lo que se huye o se quiere tener lejos porque se sospecha que huele mal, tiene un tic repugnante, manías molestas o costumbres incómodas.

Son una visión borrosa que apenas se entrevé cuando aparecen en una esquina de nuestro campo visual y se atisban fugazmente con el rabillo del ojo. Ese es el rostro del mal:

una visión efímera, un palpito subyacente, algo así como un rumor sordo siempre presente.

De tanto convivir con él desaparece por largos períodos, aunque está ahí, latente. Uno se da cuenta solo porque de pronto, en el momento menos pensado, surge, y entonces tomamos consciencia de que nunca se ha ido, que siempre ha estado ahí su rumor, pero sin darnos cuenta. Es un murmullo que parece no existir, que no se sabe de dónde viene, pero lo abarca todo. Hace, además, más denso el aire y dificulta respirar.

A veces es también un resplandor difuso, una luz crepuscular que difumina el contorno de las cosas, diluye los perfiles, no permite ver con claridad por dónde se camina y hace que marchemos en una especie de duermevela furtiva que no se sabe si es atardecer o amanecer, nublazón antes de la tormenta o niebla de tarde lluviosa. Pero, aun así, en esa atmósfera indefinida y espesa no desaparece ese casi imperceptible latido, ese rumor que subyace siempre y que, solo con el tiempo, se llega a descubrir que es la presencia del mal entre la gente que se confunde con estados alterados de la mente, con miedos heredados de la infancia, con malestares pasajeros que se curan, pero que no son lo que realmente son, la faz terrible, aunque borrosa, del mal.

Así es su rostro, su cuerpo amorfo y escurridizo que palpita casi imperceptiblemente, un corazón oscuro que bombea siempre y no puede dejar de hacerlo. Su retumbo parece provenir de algún lugar lejano y profundo como la lava de un volcán que se va abriendo paso en las lejanas entrañas de la tierra, o como una tormenta en el horizonte de la que solo se atisba el resplandor de los rayos y por intuición se oye el fragor de los truenos. Horroroso el semblante del mal que, a veces, cuando se llega a ver de frente, hiela la sangre y paraliza, y saca a la superficie la animalidad de uno mismo: el miedo cervical a la muerte, el terror al dolor y a la mutilación.

Cosas que no se ven, pero se corporizan en las yemas de los dedos que se enfrían, en la expansión de las fosas nasales, en el sudor que sin querer moja las axilas.

En la mente huyen el juicio y la cordura asustados ante el horror y el maltrato que implica el mal encarnado, más horrible que cualquier cosa conocida, esencia de lo que no se quiere y teme. Entonces, el estruendo es casi insoportable, no deja oír otra cosa que el bombear del corazón soterrado que se confunde con el nuestro y hace palpar las sienas sudorosas. Toda la ciudad se llena de su pulsión secreta, hasta ahora ambigua y amorfa, apenas perceptible, que acompaña siempre como un perro faldero que, de pronto, enloquecido, enseña los colmillos y se lanza como un proyectil a la yugular del dueño.

La faz del mal es helada, y en torno suyo se expande un frío mortal que hace castañetear los dientes, pone azules los labios y provoca dolor en los dedos que aún bajo las axilas no encuentran rastros del calor que necesitan, la tibieza de la vida, del lecho amoroso en el que se engendra. La acompaña un vaho que se hace escarcha en las hojas de las plantas y las vuelve quebradizas, que al marcharse se convierte en gota inocente que hace olvidar que antes intentó congelar la clorofila que les da la vida.

Quienes han visto el rostro del mal alguna vez quedan con un frío intenso que les aturde, una especie de poción paralizante que les impide ver la vida naturalmente, porque creen haber percibido ya, prematuramente, su envés, el de la muerte, la rigidez helada que la acompaña, que deja como palos secos las articulaciones y saca del cuerpo al alma, que es la sensibilidad tibia de la vida.

El operativo

Es una tarde gris que en nada parece diferenciarse de cualquier otra del mismo mes de cualquier otro año. Pedro Castillo trata de recordar alguna tarde como esa de cuando era niño, hace —digamos— treinta años, pero no puede situar ninguna en concreto; solo recuerda las tardes de diciembre o de noviembre porque unas eran frías y las otras ventosas y lo sabe porque eran ideales para encumbrar barriletes. Pero las de mayo, como esta, no las recuerda.

¿Por qué se ha puesto a pensar, precisamente, en cómo serían las tardes de su infancia en ese mes? No lo sabe, pero intuye que se debe a que ha estado pensando en que se está sintiendo envejecer, y ahora que camina por la ciudad le van apareciendo dolores nuevos en las rodillas, en el talón derecho (en el que siente una aguda punzada cuando lo apoya en el suelo) que certifican que, efectivamente, su cuerpo se ha deteriorado con los años.

Ha pensado mucho en esto después de cumplir los cincuenta y cinco años, aunque su tío que tiene setenta y ocho

le diga que está en la flor de la edad, que es un muchacho y ría a mandíbula batiente mientras le palmea la espalda. Él también ríe, y su semblante mustio parece alegrarse por un momento, aunque su risa es más estertor y las arrugas que se le forman en las comisuras de los labios acentúan el aspecto avejentado del que se duele.

Pedro ha tenido siempre un aspecto desgarbado que le da apariencia, si no de viejo, de enfermo. Ahora está deprimido porque le parece que está envejeciendo mal, aunque su tío se ría a carcajadas y le diga que a los cincuenta y cinco debería estar pensando en otras cosas, y él sospecha a qué cosas se refiere. Pero al dormir ya no puede recostarse de costado en la cama porque le duele la cadera, cuando llueve son las articulaciones las que le lastiman y el médico le dijo que esa sed agobiante que siente es azúcar en la sangre.

En eso piensa mientras va camino a tomar el bus que lo lleve a la casa del estudiante Jorge Granados, que ha terminado su tesis de Derecho y lo ha llamado la tarde anterior porque necesita que le corrija la ortografía y la redacción un especialista. El especialista es él, que escribe ocasionalmente una columna en un periódico y estudió Filosofía, lo cual le da credenciales suficientes para vender sus servicios de corrector y así ir tirando económicamente. Es entonces cuando, sin que haya nada concreto que lo explique, a Pedro Castillo se le instala en la cabeza la palabra decadencia y se le queda ahí dándole vueltas, aun cuando esté atento a otras cosas, como si viene o no un carro cuando va a cruzar la calle o a no tropezar con un hombre, al que le faltan las piernas y pide limosna, que se le atraviesa en el camino.

Le sorprende que, de pronto, le haya surgido esa palabra porque, viéndolo bien, no hay ninguna otra que resuma con tanta contundencia la forma como se siente y cómo ve la vida, no solo la suya, sino la de todos. Ve a la gente que pasa

apresurada, seguramente de camino a su casa después de un día de trabajo, y se pregunta si estarán tan conscientes como él de la decadencia en la que están sumidos. Gira la cabeza para tener un panorama amplio de su entorno y hace un gesto ampuloso con el brazo derecho. Una señora que tiene un puesto ambulante de baratijas, sentada en un banquito que amenaza con colapsar bajo su enorme peso, se le queda viendo sin disimular una sonrisa burlona porque su gesto le parece excéntrico.

Avergonzado por haber sido sorprendido en esa mueca, que admite que puede parecer extraña, trata de adoptar un aire de compostura y aplomo, pero ¿qué compostura y aplomo puede asumir alguien que tenga instalada en la cabeza la idea de que la decadencia es la palabra que describe a cabalidad su estado? Está deprimido y va de camino a recoger uno de esos mediocres trabajos que le envían regularmente para que trate de enderezar la jerigonza con la que los escriben. Y, para colmo, totalmente a destiempo empieza a lloviznar en el mes de los vientos que barren las lluvias, la acera se pone resbalosa y las suelas gastadas de sus zapatos, que tienen un hoyo que deja pasar el agua y le humedece los calcetines, resbalan.

Todo se confabula para que admita que su vida es mediocre y estúpida, y entonces, ve con prístina claridad por qué se le ha instalado la palabra decadencia en la cabeza: pura y simplemente porque, de seguro, ha estado oculta desde hace mucho tiempo en su subconsciente, como un tigre que acecha a su presa, camina con sigilo hacia ella y, de pronto, gatillada por esa mañana en la que llovizna, le duelen las articulaciones y resbala en la acera mojada, da el brinco mortal y toma posesión de su cerebro.

Pero se resiste, como siempre, a quedar bajo el influjo de esa condición que el día gris y su cerebro deprimido le dictan, incluso aunque todo lo que le rodea le grite que la idea que

le ronda obsesivamente es la cabal descripción de lo que es él y el mundo en el que vive. Se dice a sí mismo que es el recurrente y maniaco trauma de la infancia del que le han alertado que le va a asaltar siempre, que no hay que hacerle caso, que debe pensar en otra cosa o tratar de poner la mente en blanco, aunque ahora no puede porque está caminando sobre una acera resbalosa y debe estar atento a la llegada de su autobús. «¡Qué difícil, Pedrito, qué difícil!», se dice mientras lanza un suspiro, no se sabe si de resignación o amargura.

Para calmar la ansiedad que le ha ganado el ánimo, decide regresar a donde está sentada en su banquito escuálido la grandísima señora que, aparentemente, se burló de él y está apenas a la vuelta de la esquina, y comprar cigarrillos. Está preguntando por la marca que acostumbra cuando ve, a escasos cuatro o cinco metros, a un hombre con la cara demudada que retuerce con nerviosismo el botón del suéter desteñido que lleva puesto. Junto a él hay un hombre más bien atlético, pero bajo, al que Pedro no le ve la cara porque está de espaldas, parece decirle algo al hombre asustado. Lo dice con disimulo, de tal forma que apenas mueve los labios y solo alguien que preste atención, como lo hace Pedro, puede darse cuenta de que está diciendo algo.

Siente que las rodillas se le aflojan y el dolor de las articulaciones se le hace insoportable. Ve a la señora que le está extendiendo los tres cigarros que ha comprado y comprueba que ella no ve lo que él cree estar viendo. Mientras tanto, el hombre atlético y bajo, que luce un corte al rape y viste una camisa roja desteñida, vuelve a ver hacia la calle justo en el momento en que se aproxima un carro que pasa despacio y que, a una señal suya, casi imperceptible, sigue de largo y da la vuelta en la esquina.

Pedro prende un cigarro y aspira profundamente. Con él aún entre los labios, mira expectante lo que parece que

solo él percibe. Un viejo sale de un negocio de ropa frente al cual están de pie los dos hombres, pasa frente a todos y se despide: —Hasta mañana —dice, mientras levanta la mano sin volver a ver atrás, cruza la calle corriendo y alcanza a subir al autobús que está detenido en dirección contraria a la del autobús que quiere tomar él.

Justo frente al lugar en donde el viejo ha subido dificultosamente al armatoste, hay una cafetería con un gran ventanal en donde tres muchachos, sentados a una mesa, comparten y ríen viendo hacia la calle. Los ha visto porque sus ojos siguieron al viejo y tropezaron con ellos. Los ve de pasada y vuelve la vista hacia donde el hombre de camisa roja se ha acercado un poco más al otro que sigue tenso, petrificado, como un ave hipnotizada frente a la serpiente que ha de lanzarse sobre ella en cualquier momento.

El carro ha vuelto a pasar sin que casi se dé cuenta, atento como está a los dos hombres, y se ha perdido nuevamente en la esquina en la que dobla a la derecha y sube la cuesta de la calle hacia la avenida siguiente en donde doblará y, seguramente, dará la vuelta a la manzana nuevamente.

Pedro siente la presencia del mal en la mañana gris en la que llovizna; se corporiza en medio de la turbia y decadente normalidad que le rodea, expande lentamente su tufo, pero parece que solo él lo siente y le borra todas las elucubraciones que se le han instalado en la cabeza sobre su edad, sus dolores y la mediocridad en la que vive. Nada ha dejado de ser lo que ya era, pero Pedro Castillo está, como el hombre demudado que tiene al frente, hipnotizado por lo que cree estar presenciando y se siente horrorizado, no por la mirada ni la voz que adivina sibilina del hombre de la camisa roja, sino por la escena que presencia, por lo que cree que sucede y que nadie más que él precisa.

El mal ha penetrado su cuerpo y lo ha transformado en una masa densa y pesada; le pesan los pies de tal forma que no puede ni siquiera despegarlos del suelo. Mira entonces con desesperación al otro lado de la calle en donde, tras el ventanal de la cafetería, los muchachos que ha visto antes ahora se mueren de la risa. Se dispone a levantar el brazo para alertarlos, pero, de pronto, piensa que tal vez también ellos formen parte de la escena y, casi simultáneamente, aparece de nuevo el carro.

El hombre atlético toma al otro del brazo y lo jala. La cara de estupor cambia de la petrificación hipnótica al terror que expande las fosas nasales y desorbita los ojos. Pedro logra mover los pies y se aproxima para entorpecer el paso del hombre de rojo que empuja y la del otro que forcejea en silencio. Del carro baja el copiloto con algo que relumbra en su mano al sol opaco de la mañana lluviosa y lo ensarta en el vientre de Pedro, que se ha atravesado, y del hombre aterrizado que se dobla y deja de oponer resistencia.

Entre el copiloto y el de rojo suben al hombre exánime a la palangana del carro, una panel blanca que sale como una exhalación, dobla nuevamente la esquina y desaparece. Pedro Castillo se dobla sobre sí mismo, gime y cae. Los muchachos en la cafetería ya no están, tal vez pusieron pies en polvorosa asustados por lo que han presenciado. Tal vez se fueron con la panel blanca.

Los viejitos

Al comer los sagrados alimentos eleva una plegaria de agradecimiento al Señor. Más que una costumbre parece ser un mandato que no se cuestiona. Lo hizo desde niño, sentado a la mesa familiar presidida siempre por el padre, aun cuando ya no estuvo y su puesto quedó vacío y nadie volvió a ocuparlo nunca. Su figura adusta y silente se corporiza en su mente cada vez que eleva su plegaria a Dios todopoderoso a la hora de los alimentos; sus gestos mínimos, su mirada perdida en algún lugar indefinido, sus dedos nudosos cuyas articulaciones se fueron deformando con el tiempo.

Abre la servilleta blanca en la que viene cobijado un pan oloroso y tibio que su esposa se levantó muy temprano a hornear esa mañana. Se lo acerca un poco a la nariz para percibir mejor el aroma que le encanta y el gesto es visto por quien, como ujier, cuida de abrir y cerrar la puerta, de mantenerla bajo llave cuando se le ordena que nadie más debe ingresar. Su rostro no trasunta ninguna emoción. De pie, con las manos cruzadas sobre el vientre, recorre la sala

con la mirada y se detiene a ver el gesto del anciano embebido en el aroma que despide el pan y que se inclina, en su silla de ruedas, sobre su costado izquierdo, en donde otra anciana, su esposa, se apresura a poner una pequeña canasta en la que deposita una servilleta.

Están ambos sentados al final de una fila de sillas que ahora se encuentran vacías porque todos han salido a almorzar. Es mediodía, hace calor y han apagado el aire acondicionado, solo se oye el murmullo de dos o tres personas que, como el ujier de la puerta, se han quedado en la sala porque deben hacer diligencias propias de sus puestos. Los dos ancianos hablan en voz baja y sus movimientos son lentos, tal vez porque de lejos se nota que ella no ve bien a pesar de los gruesos lentes que se le resbalan por la nariz redonda y ancha o porque, a juzgar por la silla de ruedas, el anciano está enfermo y, simplemente por la edad, sus piernas ya no lo sostienen.

Es un cuadro que mueve a la conmiseración verlos juntos compartiendo el almuerzo que ella llevó en un bolso azul, desteñido por el uso, del que va sacando recipientes de plástico. Amorosa, le recoge granitos de arroz que los gestos torpes del anciano derraman sobre su pecho. Los toma uno por uno y los pone cuidadosamente sobre la servilleta de papel que tiene preparada porque, seguramente, está avisada de que desparramará la comida.

En el lado opuesto de la sala, tras un vidrio transparente que sirve de mampara para proteger de la expansión del virus de covid-19, hay una fila de fotocopias de fotografías viejas de gente joven y seria. El anciano está de espaldas a ellas y no las ve mientras almuerza, pero probablemente las vio antes, mientras miraba hacia el frente y escuchaba lo que se decía de él.

Una de las fotos que están pegadas al vidrio transparente muestra a un muchacho de bigotito incipiente que observa fijo a la cámara. Se trata de una fotocopia que agranda la

imagen, tal vez, de un carné de identidad. La foto se mueve con la corriente de aire que entra por la hendidura que deja la puerta semiabierta en donde el ujier está montando guardia porque la punta derecha no está bien pegada.

Hay otros viejitos que ahora no están en la sala. Dos ríen de quién sabe qué en el corredor, pero ha de haber sido algo muy divertido porque se desternillan de la risa, sobre todo uno, el más enclenque de los dos, que incluso tiene un pequeño tubo en la nariz. A ambos les quedan pocos pelos canosos, escuálidos, parece que a ellos no los acompañan las esposas ni ningún otro familiar y que ya han almorzado, porque no dan muestras de que vayan para ninguna parte.

Más allá, al fondo del corredor, hay dos o tres viejitos más, todos en sillas de ruedas, alguno con una bolsa de suero colgando de un gancho. Estos no ríen, pero conversan como amigos en tertulia, han de conocerse de muchos años atrás porque se ve que se tienen confianza, que se tratan con deferencia, sin preámbulos ni afectaciones. No se ve en el corredor ningún médico o enfermera, alguien de bata blanca como en cualquier hospital, tampoco camillas, ni se siente olor a alcohol ni a éter.

El pasillo está en silencio y en algún lugar lejano suena un teléfono que nadie responde. La puerta cancel al fondo tiene vidrio traslucido y más allá se adivina que está la calle o algún ambiente que puede ser el recibidor del edificio. Algo pasa al otro lado porque, de vez en cuando, alguien empuja la puerta y asoma fugazmente la cara con curiosidad.

El señor canoso que almuerza en la sala con su esposa tiene lentes de carey y sus movimientos son pausados. Una mujer extranjera, seria y reposada, que se sienta usualmente en un rincón de la sala, ha dicho que parece un profesor. Después de almorzar, se limpia la boca meticulosamente con la servilleta de papel que su esposa le pasa diligentemente, se recuesta en

la silla y cierra un momento los ojos, como si fuera a hacer una pequeña siesta después del almuerzo, mientras su mujer mete de nuevo con cuidado los recipientes de plástico en el bolso azul que luego coloca lentamente en el suelo al lado suyo.

Todos están a la espera en una pausa que termina pronto. El ujier sale y llama a los que están en el corredor, quienes, con aire de fastidio, se enrumban hacia la sala perezosamente, como niños a los que se les ha terminado el recreo y deben volver a la latosa clase de matemáticas a la hora de más calor. Uno mueve él solo su silla, mientras que a los otros dos los empujan muchachas que entran por la puerta cancel. La luz que se filtra por los altos ventanales le da un aire de nostalgia al cuadro de los viejitos inválidos, enclenques y enfermos que se desplazan hacia el salón del fondo a la derecha que se va llenando de gente que se sienta en las sillas detrás del cristal en el que están pegadas las fotografías, y en otras quince o veinte que se alinean detrás de los viejitos enfermos.

Un hombre en el estrado, que usa corbata rosada y traje marrón, ordena legajos que tiene al frente y escoge uno que leerá delante de la audiencia impávida y aburrida. Uno de los viejitos que estaban en el corredor se acomoda en su silla de ruedas y parece dormir. Los otros adoptan distintas posiciones que traducen su fastidio. Hace un calor bochornoso del que, a esa hora después del almuerzo, no escapa nadie.

El ujier es el único de pie en la sala cuando el hombre de la corbata rosada inicia la lectura y, a sus primeras palabras, expresadas un poco torpemente al principio, con largos interludios en los que no parece seguro de estar leyendo en el legajo correspondiente, empieza a descender sobre los asistentes una especie de niebla helada que va entumeciendo los huesos, saca vapor de la boca, desorbita los ojos y hace lagrimear a algunas asistentes.

Es entonces cuando El Sapo, sentado entre los viejitos, pero un poco más joven, empieza a recordar. Pareciera que la niebla fría, que les pone rígidos a los demás brazos y piernas, le desentumeciera a él los recuerdos que el hombre de la corbata rosada empuja con lo que va leyendo. 14 de mayo —dice—, 15 de mayo —dice—, y se detiene para cotejar algo en una hoja que tiene al lado, pero a El Sapo no hay necesidad de leerle nada, sabe perfectamente qué pasó el 14 y el 15 mayo de hace ya tantos años, y quizás algunos de sus recuerdos sean únicos en el mundo, solo de él, de nadie más sobre la Tierra, porque tenía potestad para estar en cualquier parte, con cualquiera de los que tenía ahí encerrados, algunos casi agonizantes, todos calamitosamente sucios y golpeados, asustados, algunos llorando o simplemente gimiendo.

El Sapo sabe que el mismo señor de la corbata rosada sabe poco, que no sabe ni sabrá nunca todo porque nada más que él lo sabe todo, los detalles más nimios que ni siquiera el hombre panzón sentado a su lado, que parece que en algún momento morirá asfixiado por la corbata que le acogota el pescuezo, sabe. Y el hombre de la corbata rosada también sabe que no sabrá nunca todo, porque El Sapo no dirá nunca nada (será como una tumba), y sabe también que los otros tampoco dirán nada porque ese es el pacto, el pacto de silencio sellado con sangre entre ellos, cuando el frío que hoy se apodera de la sala era el motor que los alimentaba a ellos, el frío del mal, el que congela la sangre y palpita bajo los pies para recordar que está ahí presente aunque no se mire, aunque parezca que está en otra parte o que desapareció.

El Sapo vuelve a ver a los viejitos disimuladamente y el muchacho tras la mampara de vidrio en donde están pegadas las fotocopias de las fotografías sorprende su gesto. Ve su casi invisible sonrisa burlona, las arrugas que se le hacen en la comisura de los labios, los ojos que buscan entre los ancianos

una mirada cómplice que le certifique que el hombre de la corbata rosada no sabe nada, no conoce nada de los intrínquilos verdaderos, de lo que ellos saben, cada uno con un trozo del rompecabezas con el que se podría armar el cuadro del horror. El Sapo se da cuenta de que el muchacho lo vio y deja resbalar la mirada hacia otro lado para disimular ese atisbo que lo delata de cuerpo entero, que permite que, por un instante, su perfil inmutable deje traslucir la ebullición de su mundo interno, en el que se sabe a ciencia cierta todo, en donde no se dan bastonazos de ciego como los que da el hombre de la corbata rosada que apenas atisba grados y responsabilidades oficiales, sargento primero —dice—, especialista oficinista de la inteligencia del Estado, mayor general del Ejército, puestos y grados que se espetan como si fueran ellos mismos el mal en sí, la prueba contundente de la maldad encarnada.

Esa sonrisa disimulada que deja entrever lo que hay detrás de la máscara, que permite advertir fugazmente el mal que palpita bajo el disfraz hermético que no deja que se asome el más mínimo haz del fulgor del mal que le habita. El viejito de lentes nota su mirada y su sonrisa disimulada y también sonrío, vuelve a ver hacia atrás, en donde está su esposa, y le guiña un ojo.

Los amigos

El Chino los invitaba a almorzar y luego a pasar la tarde en su casa. Siempre había algo interesante que no había en ninguna otra parte, porque la madre tenía una pensión y cada pensionista era una historia distinta. La casa era antigua, producto de una herencia, tal vez del siglo XIX. A la entrada unas escaleras anchas con balaustrada e, inmediatamente, a mano derecha, el primer apartamento con ventana a la calle, sala y dos habitaciones. Deben haber sido la sala y el comedor de la antigua residencia. La habitaban permanentemente Zoilita y su mamá, una mujer de unos setenta años, un par de mujeres como sacadas de un álbum de fotografías viejas.

En el lado izquierdo, por donde iba el corredor que bordeaba el patio lleno de macetas con plantas exuberantes, el primer cuarto era de don Toribio, un hombre que a los amigos les parecía un vejstorio, pero que rondaba los sesenta años, tal vez menos. Recibía muchachas jóvenes sensualmente vestidas en minifalda y botas de cuero hasta las rodillas, que se quedaban con él toda la tarde. Los cuatro se sentaban

en una de las dos bancas del corredor a esperar a que la muchacha de turno entrara por la ancha puerta que daba a la calle, tocara suavemente en el apartamento del señor, esperara unos minutos y luego entrara.

La siguiente puerta era la del Ángel Exterminador, luchador profesional, siempre enmascarado, aun cuando hacía sus ejercicios en la azotea con pesas hechas con latas rellenas de cemento y un tubo de metal. Era un técnico y se enfrentaba a los rudos en el Gimnasio Nacional todos los sábados por la tarde. Al Chino le había regalado un banderín que le habían dado en una velada conmemorativa organizada en la Arena México para recordar al Santo. Hablaba mucho de esa noche porque había sido el momento de su consagración, aunque todos los años peleaba por salir *Champion du Monde* de lucha libre y nunca lo lograba.

Con el dinero que ganaba en la pensión, la familia iba saliendo adelante. El papá del Chino no trabajaba, era un dandi que se levantaba a mediodía luego de largas y extenuantes partidas de cartas hasta la madrugada. Los amigos molestaban al Chino diciéndole que ellos querían ser como su papá cuando fueran grandes y él, buena gente, solo se reía y hacía comentarios sobre los cuadros que su viejo pintaba sobre terciopelo cuando el juego le daba un respiro. Era bueno y alguna vez, como quien no quiere la cosa, como si se tratará de algo común y corriente, los llamó y les hizo entrar, a través de una pequeña puerta disimulada en un tabique de madera endeble, a una habitación que parecía secreta en donde había muchos cuadros hechos por él, algunos aún en proceso.

Los amigos nunca lo vieron más que vestido con una bata de seda roja con arabescos en negro, impecablemente peinado con gomina hacia atrás, como recién salido de una ducha caliente y presto a sentarse a comer un opíparo banquete regado con buenos vinos. Era solo la imaginación

de los muchachos, porque el padre del Chino comía en la habitación que compartía con su esposa sobre una bandeja portátil en la que, desde la cocina de la pensión, le subían su comida, la misma que se le servía a todos los demás.

Por eso la casa del Chino tenía un halo muy distinto a cualquier otra casa. Entraba y salía gente, se podía especular sobre qué hacía don Toribio con las muchachas en el cuarto, ver al Ángel Exterminador haciendo ejercicios en la azotea y curiosear sobre otros huéspedes que llegaban ocasionalmente y se quedaban una temporada.

Comían en el comedor de la pensión que tenía seis mesas ordenadas una tras otra en dos filas, una pegada a la pared y otra a un ventanal que daba a un patio estrecho con enormes plantas que aportaban una gran frescura. Al fondo estaba la cocina, de la que salía, a través de una puerta abatible, un muchacho cojo que llevaba la comida en bandejas.

La casa del Chino era también un lugar para recalar cuando uno andaba haciendo algún mandado en el centro de la ciudad. Si hacía calor, los corredores frescos y la limonada con la que siempre invitaba la mamá del Chino eran una delicia. Nunca nadie volvió a tomar un refresco tan sabroso y refrescante como ese ni a tener esa sensación de paz que se lograba cuando, al traspasar el umbral de la casa, se dejaba el ajetreo de la calle y se penetraba en un remanso.

El chino tenía una hermana, Martita, que no estudiaba en el mismo colegio a donde iban ellos. Llegaba siempre como a las cuatro de la tarde con su falda plisada y una blusa blanca, que era el uniforme de su colegio y tenía en el escudo que ostentaba, en la parte superior izquierda de la blusa, una virgen María que nunca supieron a cuál de todas las del santoral correspondía. Cuando ella pasaba por la puerta del cuarto del Chino y se asomaba para saludar, todos se quedaban como congelados y reían nerviosamente.

El Chino les habla de ella, sobre sus amigas y algunas otras cosas que a ellos les llamaban la atención porque pensaban que eran propias de un colegio al que iban solo niñas, mientras ellos asistían a uno solo para varones. Martita llevó algunas veces a una o dos amigas cuyas risitas nerviosas también se escuchaban desde su habitación, pero nunca llegaron a socializar.

Una vez, los amigos se quedaron a dormir en la casa del Chino porque iban a escalar el Volcán de Agua, debían salir de madrugada y vieron a Martita en una pijama de franela blanca con dibujos en azul. Fue la única vez que alguien hizo un comentario un poco subido de tono, pero como el Chino no se rio, nadie dijo nada más.

Todo esto pasó cuando todos eran adolescentes, muchachos entre los quince y los diecisiete años, pero luego vino la universidad y se dispersaron. Alguno de ellos se fue un tiempo del país y solo volvía ocasionalmente. Entonces se juntaban, repetían viejas rutinas, contaban chistes y se acordaban de sus años de colegio. Martita aparecía furtivamente, igual que antes, y un par de ellos cayeron entonces en cuenta de los hermosos ojos que tenía y de lo dulce de su voz. Se emocionaron un poco, pero no le dijeron nada al Chino para que no se molestara, aunque se quedaban un poco inquietos y con la imagen de Martita en la cabeza durante varios días.

Pasó inexorablemente el tiempo. Una tarde, después de muchos años de no verse, se juntaron de nuevo, aunque ya no en la vieja casa de los padres del Chino, sino en la suya, pequeña, de clase media, en una zona alejada del centro. Hablaron sobre sus vidas, sobre lo que habían hecho en esos años, que eran muchos, y en una pequeña pausa alguien preguntó por Martita.

—No sabemos nada de ella —dijo el Chino, y relató que hacía muchos años se había ido un día de la casa y no habían vuelto a verla.

Extrañísimo, pensaron todos, ¿qué podría haberle sucedido a una muchacha tan tranquila y tan dulce como ella? Y la respuesta llegó unos años después cuando, un 13 de marzo, alguien posteó en internet su foto y la reivindicó como heroína: había estado en una casa de seguridad defendida por ella hasta la muerte, apenas unos meses después de que su familia no volviera a saber de ella. Era casi ciencia ficción, pero la foto que acompañaba al breve texto no dejaba la menor duda, era Martita, sus ojos, su dulce sonrisa, tan joven como ya no era ninguno de ellos.

La Harley Davidson

El Gordo Zea no había salido nunca del país, así que la posibilidad de ir al Congreso de Estudiantes de Arquitectura en Costa Rica le llamó mucho la atención. Aunque parezca extraño, lo que más le preocupó no fue quién velaría por su mamá, que dependía de él casi para todo, sino en dónde y con quién dejaría su moto Harley Davidson FLH 1972, que era su más legítimo orgullo, para cuya compra había trabajado y ahorrado por más de cuatro años como dibujante en un estudio de arquitectura, y que guardaba en un garaje a la vuelta de su casa, pero que debía sacar todas las mañanas antes de las ocho porque, durante el día, el local era sede de una compañía de autobuses que llegaban ahí a repostar entre viaje y viaje.

Solucionado el problema con un tío que le permitió dejarla estacionada en el corredor lateral de su casa, partió ilusionado al congreso junto a trece estudiantes más en TicaBus, la única línea que hacía el recorrido desde Guatemala hasta San José de Costa Rica. Al llegar, la comitiva guatemalteca fue

recibida por una comisión de estudiantes de Arquitectura de la Universidad de Costa Rica que los repartió en casas de habitación desperdigadas por toda la ciudad.

A él le tocó ir a la casa de Eugenia, una muchacha bajita y delgada que estaba en tercer año de la carrera, vivía con sus papás y otra hermana, y su casa no quedaba muy lejos del comedor estudiantil del campus universitario en donde se reunieron, un enorme galpón que había sido acondicionado con un estrado y sillas para la ocasión. Eugenia vivía con intensidad el ambiente de solidaridad que había en el país con la guerra de los sandinistas en Nicaragua, y tener a un guatemalteco, quien resultó ser, según sus propias palabras, un hombre comprometido, era emocionante, así que se le pegó durante todo el evento y lo llevó a conocer la ciudad, a almorzar en el emblemático bar Chelles y, una noche, a La Esmeralda, un restaurante en el que recalaban conjuntos de mariachis durante toda la noche.

Con Eugenia, el Gordo Zea se enfrentó, por primera vez, al tema de los materiales para la construcción. Junto a su casa estaban construyendo un segundo piso con estructura de madera y forro de materiales que al Gordo Zea le parecieron demasiado endebles, y que él asociaba con viviendas precarias de gente de bajos recursos. Los cuestionamientos que él le hizo la sorprendieron, porque estaba acostumbrada a que en su país se utilizaran muy corrientemente, pero para Zea lo conveniente eran el cemento y la varilla, aunque, honesto como era, concedió al final de su estadía que, a lo mejor, ese era realmente el futuro de la construcción.

Una mañana, Zea le preguntó a Eugenia por una dirección que quedaba en Desamparados, bastante lejana del lugar del congreso y de su casa, porque dijo que tenía que ver a una persona a quien le traía algo desde su país. Eugenia asumió el espíritu conspirativo con el que el Gordo se lo dijo y,

teniendo una vaga idea de cómo se movían las cosas en los grupos clandestinos de la región, se ofreció a acompañarlo y a guardar la prudencia necesaria para no interferir en nada.

Fueron entonces en un autobús que tomaron en el centro de San José y que los dejó en el parque de la localidad, un barrio que tenía todas las trazas de haber sido un pequeño poblado adosado a la ciudad por el crecimiento urbano. Eugenia le dio las indicaciones de cómo llegar hasta la dirección en la que tendría lugar el encuentro y se sentó a esperar en un poyo del parque. Afortunadamente era una mañana soleada, y la muchacha se sentía emocionada de estar colaborando, aunque fuera mínimamente, con alguno de los movimientos que estaban en medio de una guerra en los países al norte de Costa Rica.

Cuando el Gordo Zea regresó unos cuarenta y cinco minutos después, venía acalorado porque había tenido que caminar una distancia considerable, afortunadamente todo en línea recta, por lo que había logrado llegar sin dificultades. Se fueron a una pequeña soda que estaba a un costado del parque, pidieron un refresco y hablaron generalidades sobre lo que estaba pasando en Centroamérica. El lenguaje ambiguo y evasivo que usaba Zea cuando se refería a la situación política en su país emocionaba a Eugenia, le hacía sentir que estaba participando en algo grande que sobrepasaba todo a lo que estaba acostumbrada y acicateaba su curiosidad.

El Gordo Zea era distinto a los otros muchachos de la delegación guatemalteca, entre otras cosas porque era tranquilo, no andaba detrás de las ticas y no tomaba. Los otros aprovechaban todas las noches para irse de juerga y regresaban hasta altas horas de la madrugada. A uno, incluso, hubo que buscarle nuevo hospedaje porque la familia que lo había recibido se quejó de que llegaba haciendo escándalo de madrugada y despertaba a toda la familia que tenía que salir a trabajar temprano al día siguiente.

—Vos, Gordo hueco —le decían entre carcajadas sus colegas guatemaltecos—, te van a salir raíces en el culo de pasar todo el tiempo sentadito y bien portadito —pero el Gordo no se molestaba, más bien sonreía y trataba de responder con alguna agudeza, pero era evidente que eso no era lo suyo. Eugenia veía todo con distancia, aunque siempre al lado del Gordo, con quien iba de arriba para abajo a todas partes.

Hicieron, pues, una buena amistad, una amistad «sana», decía Eugenia, tal vez refiriéndose a que entre ellos no medió ninguna atracción de carácter sexual, sino solamente la sintonía que tuvieron desde el principio, y que tenía como base eso que el Gordo Zea llamó «el compromiso», pero que, definitivamente, iba más allá, porque ambos se sentían muy cómodos con la compañía del otro, lo que algunos llaman química.

El Congreso de Estudiantes de Arquitectura concluyó con una declaración, muy a tono con la época, que llamaba a identificarse con los intereses populares y a que la universidad «se vistiera de pueblo». El Gordo Zea firmó como representante de la delegación guatemalteca, mientras sus compañeros lo aplaudían y vitoreaban un poco en guasa, aunque habían sido ellos mismos los que lo comisionaron para que firmara, porque la delegación en realidad no tenía ninguna estructura organizativa y nadie era representante oficial de nada.

El comunicado final se difundió en todos los países del istmo y apareció en algunos diarios de circulación nacional de los diferentes países de la región. Ahí estaba la firma de Zea como representante de los estudiantes de Guatemala, y en la Escuela de Arquitectura de la Universidad de San Carlos, que era entonces la única escuela de su tipo en el país, la vieron y se congratularon porque alguien de la delegación hubiera tenido la valentía de firmar un comunicado como ese, y no vacilaban en pensar que, de seguro, habría gente que lo catalogaría de subversivo.

El Gordo Zea se subió al autobús de TicaBus que llevó a la delegación de vuelta a Guatemala. Sus compañeros tuvieron tiempo todavía de tener dos juergas más, una en Managua y otra en San Salvador, ciudades en donde se hacía escala y se dormía una noche. La de El Salvador fue caracterizada después, ya de vuelta, como «memorable», y se contaron anécdotas que incluían a uno a punto de ahogarse a las dos de la mañana en la diminuta piscina de un hotel de mala muerte, y a otro que, por ir a orinar, lo dejaron olvidado en una cantina cuando tomaron un taxi para volver al hotel. Por supuesto que el Gordo Zea no fue protagonista en ninguna de esas aventuras, aunque los acompañó en sus andanzas siendo quien, a la postre, terminó salvando a quien corría el riesgo de morir en la piscina que más bien parecía pequeño estanque decorativo, y el que detuvo al taxi que los llevó de vuelta al hotel después de que convenció al chofer de que eran un grupo de borrachos inofensivos.

El Gordo escuchaba risueño en la cafetería de la Escuela a sus compañeros que narraban entusiasmados sus aventuras en medio de una espesa nube de humo de cigarrillos. Así fue durante unos quince días y después todo se fue calmando y volviendo a la normalidad. Al Gordo le escribió Eugenia una carta que debía haber escrito casi inmediatamente después de su partida porque le llegó y aún le dio tiempo de responderla. En ella le agradecía lo que ella llamaba todas las experiencias vividas, aunque Zea no tuvo claro a qué se refería. La tarde en que por la mañana puso su respuesta al correo, un leve soplo helado lo rozó, pero el Gordo Zea, que no tenía idea de cómo se manifestaba el mal, no le dio importancia y creyó que se trataba de un chiflón propio de los largos corredores del edificio de correos en donde se encajonaba el viento.

Ajeno a lo que estaba por venir, se subió a su moto y avanzó contento y satisfecho un par de cuadras, disfrutando

la tarde apacible teñida de celajes rosados en el horizonte. Lo alcanzaron en una esquina y lo último que logró ver, y fugazmente lamentar, fue su moto cayendo sobre el pavimento y rayándose en todo el costado izquierdo. —Cerote más mula —pudo oírse que dijo uno de los que pasaron haciendo el daño—, con esa motona y andar metiéndose en babosadas.

Jueves Santo

*Cada palabra dice lo que dice
y además más y otra cosa.*

ALEJANDRA PIZARNIK

Más aún que en años pasados, esa Semana Santa hizo un calor de los diablos, y en los pequeños apartamentos en los que vivían, con poca ventilación, ruido y malos olores, los días se hacían exasperantes. Estaba también la angustia porque el dinero no alcanzaba, apenas para pagar el alquiler del apartamentito y comprar lo básico para comer. No estaban acostumbrados a esa vida, pero era lo que había, y con estar en un lugar en el que no tenían que estar siempre alertas, desconfiando de cualquier desconocido que se acercara en la calle, de cualquier motociclista que se detuviera al lado suyo en un semáforo o despertándose alertas con cualquier ruido por la noche, ya era bastante.

Pasaban todos los días ocupados, reuniones, visitas, elaboración de documentos y la asistencia a la universidad, porque para estar en el país, había que tener una visa de algún tipo y, como no tenían trabajo, tocaba estudiar. Era una rutina extenuante que empezaba a las cinco de la mañana y no concluía sino hasta bien entrada la noche, eso si alguno de los vecinos, la mayoría estudiantes, no decidía hacer una fiesta que duraba hasta la madrugada.

En esas ocasiones, preferían levantarse y adelantar trabajo, porque estar en la cama tratando de conciliar el sueño sin lograrlo, solo los exasperaba, y era mejor aprovechar el tiempo.

Pero con el calor de ese verano tórrido la situación llegaba a su clímax y era casi insoportable. El colmo era que, con frecuencia, se quedaban sin agua, porque la municipalidad anunciaba que las fuentes que abastecían la ciudad no daban abasto y las cañerías se quedaban secas. Pasaba un camión cisterna pero, generalmente, ellos no estaban a la hora de la visita y se quedaban sin su ración. Por la noche debían atalayar el chorrito que llegaba un par de horas para lavar, bañarse y cocinar.

Una de las muchachas decía que estaban imbuidos de un espíritu a prueba de fuego porque, a pesar de todo, eran felices. Su principal preocupación no eran ellos, sino la parte de la familia que no estaba y había tenido que quedarse. Eso les mantenía pendientes de las escasas noticias que llegaban o de lo que podían deducir de lo que les contaban quienes, por alguna razón, veían o conversaban con los que se habían quedado, la pareja y el niño de dos años. La tensión los agotaba más que el esfuerzo físico de salir a la calle y hacer largas caminatas bajo el sol inclemente, de andar todo el día en el transporte público, de comer mal y andar con sed.

El zumbido del mal estaba siempre presente. Ahí no era una palpitación parecida a un tambor redoblante, sino una especie de rumor permanente y sordo, pero que se notaba cuando se ponía atención. Era como el ruido de un refrigerador que zumba en la noche y se deja de oír, pero aparece cuando se busca.

Un vecino del primer piso se había comprado un Volkswagen escarabajo color verde recientemente. Era un muchacho trabajador y atento que estaba al tanto de su situación y un par de veces había ayudado a la madre a cargar las bolsas

del supermercado hasta el segundo piso. Se llamaba Danilo y estudiaba Informática, una carrera que, para ellos que estudiaban Artes y Ciencias Sociales, era algo esotérico. El escarabajo Volkswagen lo dejaba guardado en la calle, decía él, en la puerta de entrada de los apartamentos, porque no tenía dinero para pagar un garaje. Todas las mañanas salía a inspeccionar que no le hubieran hecho algún daño por la noche, ya que estaban cerca del mercado central de la ciudad y había francachelas nocturnas que no pocas veces terminaban a los puños y botellazos. Le pasaba un trapito húmedo, lo dejaba reluciente y se le veía la cara de orgullo y satisfacción cuando salía conduciéndolo lentamente por la calle atestada de carros y autobuses.

Ese Jueves Santo les invitó a dar un paseo por el campo en el carrito. Les propuso ir a una región montañosa y fresca; dijo que él ponía el carro y la gasolina y que ellos se encargarían de la comida. La idea les pareció maravillosa, se relajarían y conocerían un lugar nuevo, así que esperaron con ilusión el día, prepararon sándwiches con atún y huevos duros, en un recipiente de plástico llevaron rodajas de tomate y hojas de lechuga, uno aportó un frasquito de mayonesa y una «Cocacolona».

En Semana Santa la ciudad quedaba desierta. Todos se iban a las playas más cercanas que quedaban a un par de horas, ahí saturaban los hoteles, y los que no podían pagarlos, los lugares en los que se podía hacer *camping*. Se respiraba silencio y tranquilidad, se congratularon por no tener recursos para partir con el tumulto al mar, la invitación era para ir a una zona que la gente no escogía para ir en esas fechas y sería solo medio día, asunto de ir y venir.

Escogieron el Jueves Santo porque, aunque la universidad daba toda la semana de vacaciones, todos tenían algo que hacer hasta el miércoles. Cada quien pasó a comprar lo que le correspondía el día anterior y salieron cerca de las nueve de

la mañana. El carrito iba de bote en bote y le costaba subir las cuestas más empinadas, pero llegaron sanos y salvos una hora después. El lugar era hermoso, una zona de montaña con pinos, cipreses y extensos pastizales en donde apacentaban las vacas lecheras. Soplaban un viento fresco, pero no hacía frío porque el sol brillaba en un cielo despejado de un azul profundo.

Escogieron una ladera que terminaba, como unos cien metros más abajo, en un riachuelo cristalino bordeado de flores. Todo era perfecto y estuvieron paseando por el lugar un rato hasta que decidieron extender el mantel y dar cuenta del almuerzo. Entre risas conversaron y comieron, y alrededor de las tres de la tarde, cuando la brisa refrescante se tornó fría, decidieron volver, pero el solo pensar en los apartamentos oscuros y estrechos que los esperaban, los animó a tratar de prolongar un poco más el agradable paseo, y fueron a tomar un café a un restaurante al que se acercaban los colibrís atraídos por comederos con agua azucarada. El bosque era espectacular, el café delicioso y los colibrís bellísimos.

Volvieron cerca de las cuatro de la tarde por el camino lleno de curvas y cuestas entre el paisaje alpino que de tanto en tanto dejaba ver la ciudad al fondo del valle. Iban contentos y relajados como hacía mucho tiempo no lo estaban, riendo y cantando, y así llegaron a la ciudad casi al caer la noche.

En la calle desierta y en penumbra, notaron que había unas personas sentadas en la acera frente a la puerta de los apartamentos, que cuando vieron que se aproximaba el carrito se levantaron lentamente, como con desgano, y quedaron en actitud de espera. Los conocían, eran amigos, pero les extrañó que estuvieran ahí sentados, como esperándolos, a esas horas en una calle desierta y en Semana Santa. Bajaron expectantes del carrito que se estacionó a su lado, y ellos se aproximaron despacio, como queriendo demorar el encuentro.

El rostro demudado que traían les dijo todo antes que abrieran la boca.

—¿Y el niño? —alcanzó a decir la madre, y la respuesta fue el silencio.

El lugar del padre

Llegué al atardecer, cuando ya casi iban a cerrar y me dejaron entrar como haciéndome un favor, no solo porque le expuse mis razones al portero, un hombre bajo, regordete, que con su uniforme desteñido trasuntaba su origen humilde, sino porque tal vez mis ojos delataban mi ansiedad. Dudó un poco, con la puerta de hierro forjado entre las manos, entreabierta solo para dejar pasar a los que iban saliendo, y luego de un rato en el que mis ruegos no lo dejaron en paz, me indicó que pasara a una oficinita encalada a mano izquierda en donde otro hombre, con un uniforme similar al suyo, detrás de un escritorio vetusto de madera, me indicó, después de revisar un libro grande con inscripciones a mano, el lugar en donde estaba, la alameda, el número del lote, y me dio indicaciones de cómo llegar hasta ahí orientándome en esos jardines arbolados en medio de la urbe llena de tránsito y pobreza.

Caminé presuroso, no solo porque el tiempo que me dieron fue perentorio, no más de quince minutos me dijo el portero, sino porque dentro de poco ya no se iba a ver nada, habría

caído la noche y los faroles que alumbraban las alamedas apenas tenían una luz débil que no alcanzaba sino para señalar por dónde iba el camino. No me fue difícil orientarme porque las indicaciones del segundo hombre fueron claras, me dio referencias precisas de edificaciones que destacaban entre las otras y me guiaron en los caminos que se entrecruzaban y bifurcaban en plazuelas con monumentos en el centro.

Solo dudé un poco cuando casi había llegado, tal vez porque me sorprendió el lugar, casi en el borde del precipicio, al fondo del cual se veía un basural inmenso, lleno de zopilotes que se peleaban con decenas de hombres, mujeres y niños que hurgaban entre los despojos que dejan los camiones y las carretas tiradas por mulas famélicas y agotadas.

Descansé un rato para recobrar el aliento porque había caminado como una exhalación pensando que tal vez no tendría tiempo de encontrar el lugar. Pude apreciar lo inhóspito del paisaje, el cielo gris apenas coloreado en sus bordes por el reflejo del sol al atardecer, los arbustos salvajes que crecían a la orilla del barranco, el sendero lleno de guijarros. Era un sitio aislado y desolado al que no parecía llegar mucha gente porque todo parecía mustio y descuidado, como si hiciera mucho tiempo que nadie se encargara de nada por ahí.

No sé realmente qué buscaba ni qué esperaba encontrar, y cuando estuve ahí me sentí un poco perplejo y vacío, como cuando se llega a una meta largamente perseguida y ya no se tienen otras que alcanzar. Pensé en los únicos referentes que tenía de ese lugar, un escueto telegrama y la descripción de un artículo en un periódico que ya a esas alturas estaba amarillento y quebradizo.

Una foto de una tarde lluviosa ilustra la publicación. La vi muchas veces tratando de descubrir algo más del instante captado, escruté las caras, la ropa, la actitud de quienes lo acompañaban y algunas veces elucubré, un poco

siniestramente, cómo estaría él en ese momento, si se movería o zarandearía o si llevaría puestos los gruesos lentes que empezó a usar unos años antes. Pero ahora que estaba en el lugar parecían preguntas vanas sobre algo que no tenía más allá, es decir, que era solamente eso, una construcción blanca, sucia y descuidada desde hacía mucho tiempo.

Hoy que nuevamente han pasado los años me doy cuenta de que algunas imágenes de aquella tarde se me quedaron grabadas. Creo que la que más es la del basurero en el fondo del barranco, que despedía un olor nauseabundo por la acumulación de desperdicios y las innumerables hogueras que hacían que todo alrededor estuviera cubierto de una especie de niebla hedionda. Y luego la sensación de soledad, de esquina del mundo desolada y abandonada, de lugar marginal en el que nadie se detiene.

Di un par de vueltas y me detuve al frente unos minutos, pero no había nada más que ver, así que, un poco tanteando el camino y con cuidado de no resbalar por la pendiente del precipicio que las escasas luces del atardecer apenas permitían detectar, me dirigí rápidamente hacia la entrada.

En el portón me esperaba el portero con un manojo de llaves que hacía tintinear en la mano. Ahora su actitud era más accesible que cuando le rogué que me dejara entrar, me preguntó cómo me había ido, si había encontrado lo que buscaba y se despidió de mí amablemente mientras cerraba con una llave grande, antigua, que sobresalía en el mazo que pendía de su mano.

Recordé todo eso esta mañana, cuando me llegó por correo ordinario un sobre con recortes de periódico en el que se da cuenta del destino de las tumbas que se encontraban al borde del enorme basurero de la Zona 3 de la Ciudad de Guatemala. El paredón se fue erosionando con los años y las edificaciones que se encontraban en sus bordes empezaron a deslizarse

hacia el fondo, más cuando el invierno era especialmente lluvioso. Hay quienes dicen que los restos se iban deslizando macabramente, se confundían con las inmundicias y algunos de los que vivían del basurero esculcaban en los jirones de ropa que aun vestían a los cadáveres buscando algo valioso. Luego, las calaveras y los huesos rodaban y se confundían con el detritus. Recordé entonces su figura elegante y esbelta, la forma como se subía los lentes cuando estaba en el estrado, cómo anudaba la corbata frente al espejo del baño, el olor de la loción y el poquito de vaselina que se ponía en el cabello. Nunca volví a ese lugar.

El Guitarra

Había aprendido a tocar guitarra de oído desde que tenía seis años. Su papá lo sentaba en un banquito especial que le había comprado para que apoyara bien los pies en el suelo y pudiera sostener el instrumento. Al principio, las yemas de los dedos le quedaban magulladas con los surcos que le dejaban las cuerdas, pero con el tiempo se le fueron endureciendo hasta que ya no sintió dolor.

Era lo único para lo que tenía constancia, porque para el resto era haragán y mediocre. En la escuela tenía fama de sapo y con frecuencia le hacían el vacío y lo excluían de los juegos. Pero era quien más brillaba en los actos del Día de la Madre y del 15 de Septiembre; lo sentaban en una silla plegable de metal en medio del escenario, vestido con camisa blanca y pantalón oscuro, bien peinado y con los zapatos lustrados, tocaba *Luna de Xelajú*, se levantaba, saludaba y se iba mientras el público aplaudía y comentaba que era un genio.

Cuando entró a la universidad y se enlistó en la estudiantina, ya tenía tras de sí un historial que pocos igualaban. A los

trece años había formado un grupo de rock que amenizaba fiestas de quince y otras actividades en la Zona 18, que era en donde vivía. Ensayaba con otros dos muchachitos en el garaje de la casa de una tía que había quedado viuda y que decía que tenerlo ahí, tres veces por semana durante tres horas, le aliviaba la soledad y las penas. Le pagaban poco, pero tener su propio ingreso a tan corta edad lo llenaba de orgullo y le daba sensación de autosuficiencia. Como era el jefe, era quien recibía el dinero y siempre se quedaba con la parte del león. Los otros dos no decían nada, entre otras razones porque siempre confiaron en él y nunca pensaron que les iba a jugar sucio. El Guitarra pensaba que, al igual que él, no necesitaban realmente el dinero, así que lo que hacía no tenía importancia.

En la universidad, el Guitarra se hizo famoso no solo por su dominio del instrumento, sino porque tenía una voz de barítono que le servía de guía a los tenores y de contraste a los bajos. Había muchachas que decían que, además, el uniforme lleno de listones de la estudiantina, que resaltaban sobre la túnica negra, le sentaba de lo mejor. Era popular y le gustaba.

Era evidente que ejercía un liderazgo sobre el grupo, que le caía simpático a la gente, que, sin ser brillante, no era ningún tonto. A la estudiantina la invitaban a eventos no solo en el campus central de la universidad, sino en centros regionales y a muchas actividades culturales, además de las universitarias.

Se había inscrito en Derecho y también ahí destacaba y era popular. Pronto lo eligieron para la junta directiva de la asociación de estudiantes en un puesto secundario, pero a la elección siguiente quedó de presidente. Fue así como conoció a Miguel, que estaba en Ciencias Políticas y, al igual que él, ocupaba puesto de dirección en el movimiento estudiantil de su escuela.

Miguel era cauteloso. Algunos decían que era bromista y otros de que era pícaro. Alto y bien parecido, tenía mucho más éxito que el Guitarra con las muchachas, y viniendo de Ciencias Políticas, tenía mayor dominio que él de la terminología política que daba prestigio y permitía argumentar con presteza en las discusiones que eran el pan de cada día.

Eran dos liderazgos distintos que se disputaban las simpatías de los estudiantes sin que ninguno de los dos se lo hubiera propuesto de antemano. Los ejercían en grupos de gente muy distinta que podían ser distinguidos fácilmente, los fiesteros y tomadores por un lado y los comprometidos «metidos en babosadas» por otro. Está de más decir que el Guitarra era el centro del grupo de los fiesteros, que lo invitaban sin reparos para que amenizara las fiestas. Él desplegaba en ellas toda su simpatía, conocía gente, se dejaba querer y se entusiasmaba con las alabanzas que le hacían de sus dotes musicales y su voz. Le gustaba la adulación y había quienes lo sabían y lo halagaban para que se sintiera a gusto. Era un poco ingenuo el Guitarra, y lo manipulaban fácilmente haciéndolo sentir importante y querido.

Miguel se le fue acercando poco a poco en las reuniones en las que se encontraban por estar en el movimiento estudiantil. Se dio cuenta de que era un buen muchacho, un poco inseguro, pero que tenía influencia sobre la gente. Era lo que andaba buscando en esos tiempos en los que necesitaba aliados para tratar de unificar a los muchachos más conscientes, que eran pocos y andaban desperdigados peleándose unos con otros. Lo invitó a algunas reuniones fuera de agenda en las que un pequeño grupo trataba de ponerse de acuerdo, pero era difícil porque cada quien creía tener la razón. Se reunían por tres, cuatro y hasta cinco horas agotadoras y el Guitarra sentía que estaba perdiendo tiempo valioso que podía estar aprovechando con sus amigos de la estudiantina

o en cualquier otra cosa, pero no con esos cuatro gatos locos que, metidos en un cuarto, daba cada uno la fórmula con la que pretendía salvar al mundo.

Hastiado, comentó en alguna fiesta lo aburrido que estaba de asistir a esas reuniones por su carácter de presidente de la asociación de estudiantes, y le sorprendió que su interlocutor le dijera que su admiración por él crecía al saber que no solo era excelente músico sino también un muchacho comprometido.

Se vieron varias veces más y se convirtió en su confidente. El Guitarra le comentaba lo que hablaban en las reuniones y el amigo confidente lo escuchaba con atención y hacía comentarios siempre inteligentes y atinados. Era un tipo hábil que sabía mucho y tenía información que sorprendía al Guitarra que, como esponja, asimilaba datos y argumentos que luego le permitían posicionarse en las discusiones.

Así las cosas durante varios meses, hasta que Miguel lo invitó a entrar a la organización a la que pertenecía. Ufano, el Guitarra se lo contó a su confidente, quien le sonsacó lo que conversaban, con quiénes se veían y qué planeaban. Hoy hay una placa que señala el lugar en donde capturaron a Miguel. El Guitarra hace poco terminó su segundo período como decano de la Facultad de Derecho y sigue siendo el alma de las fiestas.

El Opel amarillo

La Chata vivía en un pequeño apartamento con sus papás y su hermano menor al fondo de un callejón sin salida. Acababa de entrar a la universidad cuando coincidió con Juancho en una clase multitudinaria en la que había estudiantes tratando de oír lo que decía el profesor hasta desde las ventanas abiertas que daban al jardín lateral, y en la última fila pasaba de todo, menos seguir la clase.

La Chata andaba siempre con un grupito que ella decía en broma que la protegía, lo cual no estaba muy alejado de la verdad, pero lo que realmente hacían era acompañarla, porque para cuidarse bastaba y sobraba ella sola. Eran Ricardito Corazón de León, Batman y Fernandito, un trío que, como guardaespaldas, no parecía tener mucho futuro. Juancho le cedió el asiento que había conseguido en las primeras filas y a la salida de clase se fueron los cinco a tomarse un café.

Resultó que, sin saberlo, eran casi vecinos y habían tenido contactos indirectos porque un hermano menor de Juancho había recibido clases de nivelación con la mamá de la Chata y

Juancho había ido un par de veces a recogerlo, pero nunca la había visto. Identificaron vecinos, lugares y acontecimientos del barrio, y se dieron cuenta de que la terraza de la casa de él, prácticamente, colindaba con la ventana del cuarto de ella.

Fue lo que la Chata llamó una amistad a primera vista, y Juancho terminó integrado al grupo que salía las noches de los viernes a conversar alrededor de una mesa de tragos y participando en clases de expresión corporal con un grupo de teatro argentino que se llamaba Once al Sur.

Los papás de la Chata veían con buenos ojos la integración de Juancho al grupo de amigos. Que ella saliera sola por las noches a tomar licor y a fiestas no les gustaba, aunque eran padres que se consideraban liberales y hacían lo posible por no meterse mucho en su vida. Doña Hilda, la mamá, aducía que la situación política estaba muy delicada y, tronándose los dedos, hacía el recuento de los amigos que habían tenido que irse del país y de los que habían desaparecido o matado. Vivía una constante tensión que la ponía de mal humor y provocaba que tuviera choques recurrentes con la Chata, que era rebelde, decía ella, y no aquilataba la dimensión de lo que estaba pasando.

Doña Hilda pensaba que el papá se pasaba de tranquilo. Era psicólogo y daba clases en el mismo colegio que su esposa, usaba traje, corbata y sombrero de fieltro, que no era usual en esa época. La Chata lo mimaba y admiraba, y doña Hilda decía que se lo echaba en el bolsillo y hacía lo que quería con él, pero la verdad es que entre ellos dos había un vínculo fuerte que los identificaba y, de alguna forma, los volvía cómplices en muchas cosas. Aunque no lo demostraba, él también estaba preocupado porque su hija mayor ya era universitaria y se integraba a su nueva vida de forma tan activa en un ambiente peligroso, y la llegada de Juancho al grupo de amigos le dio un poco de tranquilidad.

Para Juancho, la Chata fue una especie de puerta a un mundo que no conocía. Era un muchacho que había asistido toda su vida a un colegio privado con un ambiente bastante elitesco, todo lo contrario de la Chata, que venía de un instituto público combativo y beligerante en el que había sacado un título de maestra y tenía una pléyade de amigos artistas y escritores a los que ella trataba con gran familiaridad, como si se conocieran de toda la vida, y que a él lo deslumbraron.

El muchacho estaba contento. Aunque había entrado a la universidad con muchas expectativas e ilusiones, todas eran vagas y nunca pensó que se encontraría con un mundo como el de la Chata que, además, le ofreció más sorpresas: un día en su casa, hablándole en voz baja, casi en susurros, le convidó a comprar un bono para financiar a una organización clandestina de izquierda que, una vez que él le dio el dinero, se lo mostró y, posteriormente, lo rompió al frente suyo. Era un cofre lleno de sorpresas la Chata.

En ese tiempo, Juancho tenía dudas y sufrimientos existenciales, y la Chata se volvió su confidente. A veces la llamaba tardísimo, casi a media noche, y salían a comer a un restaurante que se llamaba el Fu Lu Sho, en donde cada uno se comía una hamburguesa y una cerveza, y él daba rienda suelta a disquisiciones pseudofilosóficas. Cuando salían muy tarde, el papá de la Chata les prestaba el carro, un Opel que parecía pintado con brocha de un amarillo estridente. Tanto el motor como la carrocería estaban en pésimo estado, lo cual le debía, según doña Hilda, a lo tranquilo que era su marido. Para empezar, el carro no tenía marcha atrás, lo cual era un verdadero problema porque quedaba estacionado al fondo del estrecho pasaje en el que vivían y cada mañana había que empujarlo para llegar a la calle. Los frenos tenían su maña, había que bombearlos varias veces y a la tercera meter el pie lentamente hasta que algo hacía clic y el carro se detenía. Las

luces altas no funcionaban siempre y cuando llovía había que echarle una ayudadita al limpiabrisas, que con frecuencia se trababa.

—Pero es cosa de acostumbrarse —le dijo don Jorge, que era como se llamaba el papá de la Chata, la noche en que se lo prestó por primera vez porque iban a una presentación del Ballet Guatemala, en donde bailaba una prima de ella.

Ya en el trayecto, Juancho descubrió que el carro tenía más deficiencias de las que don Jorge le había enumerado, pero nada era de vida o muerte y se iban resolviendo con paciencia y buena voluntad. En el piso del lado del acompañante, el papá de la Chata tenía una barra de hierro bastante grande de las que sirven para desarmar llantas desinfladas que, según ella, estaba ahí solo por precaución, por si había necesidad de defenderse, y aunque no especificó defenderse de quién, en los tiempos revueltos que se vivían no se necesitaban más explicaciones.

Como don Jorge trabajaba relativamente cerca de su casa, se hizo frecuente que les prestaran el carro y que la pandilla jolgoriosa lo usara para sus parrandas de fin de semana, pero todo eso no duró mucho porque, después de un tiempo, Juancho salió del país y, posteriormente, también la Chata. Mantuvieron su amistad por los caminos tortuosos de los años ochenta, cuando las cartas iban y venían transportadas por sistemas postales no siempre eficientes y la comunicación telefónica se hacía a través de sistemas que ahora se ven justificadamente como vetustos. Había, por lo tanto, espacios de tiempo bastante grandes en los que no sabían nada el uno del otro directamente, pero el cariño permanecía intacto, aunque cada quien fuera armando su vida por su lado.

Así pasaron casi diez años, hasta que una mañana con mucho sol, en la que Juancho se había levantado especialmente optimista y alegre, supo que la Chata, a diferencia suya, había regresado al país, no porque ella se lo contara en una carta ni

porque alguien se lo comentara, sino porque llegó al lugar en donde trabajaba y cuando vio a la gente cabizbaja y preguntó qué pasaba, le pasaron un periódico que les había llevado apenas esa mañana una persona que venía llegando de Guatemala. En la portada estaba la Chata, arrodillada sobre el asfalto con don Jorge en brazos y doña Hilda a la par con la cara ensangrentada sobre la calle. La Chata está pegando un grito que sigue escuchando hasta ahora, aunque ella no pueda escucharse porque, desde entonces, se quedó sorda. Al fondo, tapizado de perforaciones, el Opel, que, aunque la foto del periódico es en blanco y negro, él sabe que era amarillo.

Un lugar sagrado

Las aceras por las que tenían que transitar estaban destruidas y ella llevaba zapatos de tacón alto. La tomó del brazo para tratar de evitar un resbalón o, peor aún, un tobillo torcido. La mañana estaba calurosa, aunque soplaba un vientecito fresco que la hacía tolerable. Fueron como cinco cuadras y, al final, hubo que bajar unas escaleras resbalosas que llevaban al subsuelo del mercado. Preguntaron por el lugar en donde se vendían las flores, aunque el intenso olor se las anunció antes de que llegaran. Buscaban claveles rojos, pero no había, dijeron que era muy temprano y que apenas a las diez iban llegando los cargamentos con flores frescas, y seguro que ahí vendrían. Pero en una esquina encontraron a una señora con rosas amarillas y los claveles en un canasto desvencijado que chorreaba agua porque acababa de regarlos para que se mantuvieran frescos.

Compraron dos docenas e iniciaron el retorno. Subir las escaleras, el calor más intenso y recorrer las calles cargando las flores lo hizo más incómodo aún. Además, ahora la

distancia era mayor porque habían dejado el carro justo a la mitad del camino. Como aún había tiempo, decidieron pasar a tomar un café y darse un respiro. Entraron y había bastante gente, seguramente desayunando, y se les quedaron viendo porque el ramo que llevaban era impresionante, de un color rojo bermellón bellissimo, lleno de pimpollos y aún con gotas de agua en los pétalos.

Especularon sobre si llegaría alguien más o si solo estarían ellos. Lo importante era llevar las flores, colocarlas y sentir que se estaba dando continuidad a algo que no debía ser olvidado. Tal vez podían hacerse otras cosas, no llevar flores, pero se sentían reconfortados con su presencia hermosa, por el olor que ya inundaba el corredor de la casona en donde estaban. Lo que se habían propuesto hacer era íntimo y personal. A pesar de que no lo decían ni lo dejaban traslucir, estaban nerviosos, como si fueran a hacer algo prohibido o estuvieran cometiendo alguna trasgresión.

A él no le gustó el café, que inmediatamente le dio acidez. Le pasaba siempre que estaba un poco tenso: el labio superior se le ponía sensible y el café le caía mal. Tuvo la tentación de levantarse a husmear en la pequeña librería que estaba al fondo del corredor, pero tenía que dejarla sola y no le pareció adecuado. Por la calle pasó un afilador de cuchillos y tijeras rompiendo el ambiente de conversaciones en voz baja, y el silbido que lo anunciaba rebotó en las paredes confundido con el escándalo de un autobús destartalado que pasó a toda velocidad.

Era la parte de la ciudad en donde había pasado los primeros veinte años de su vida. Había cambiado poco, aunque le parecía que estaba más deteriorada, tal vez las casas más descascaradas necesitando una mano de pintura, pero podía ser solo su percepción, esas cosas que pasan cuando uno se va mucho tiempo y al volver se ve con otros ojos. Si caminaba

un poco por las calles, podía señalar algunas casas en las que recordaba qué familias habían vivido, aunque si preguntaba, ya nadie las recordaba o hacían gestos de que se estaban refiriendo a un pasado muy lejano del que, en buena medida, se había perdido el rastro.

Así que, cuando salieron y nuevamente se encaminaron hacia el parquecito que queda al frente del Conservatorio, iba caminando por lugares familiares. Pensó que esa debió ser la sensación de él cuando pasó por esa calle sin siquiera sospechar que era la última vez, que no se reencontraría con ellas nunca más, aunque fuera después de muchos años, como le estaba pasando a él. Con el ramo de claveles en brazos iba escudriñando los rostros de la gente con la que se iban cruzando, como queriendo descifrar en ellas las preguntas que llevaba a cuevas y cuyas respuestas estaban atrapadas por el mal latente y mudo del que solo se sentía esa especie de latido sordo que todo lo abarcaba, como la respiración de algo enorme agazapado y al acecho en algún lugar del subsuelo.

Cuando al fin llegaron pensó que esa anormalidad era la normalidad de quienes lo rodeaban, que eran indiferentes o desconocían que estaban pisando un lugar sagrado, de que en algún bolsón del tiempo ahí estaban pasando cosas inusitadamente terribles. Caminó despacio tratando de descubrir huellas ficticias, inexistentes, que fueran testimonios que le dijeran algo, que explicaran algo, no sabía qué, pero que le permitieran asirlas como un sentido. Pensó que, sin habérselo propuesto, los claveles eran para señalar el lugar frente al que todos deberían detenerse, hacer una reverencia o, cuando menos, saludar con un movimiento de cabeza, un lugar sagrado frente al que nadie permaneciera indiferente, visitado y respetado como hito.

Un hombre que vendía chicles, pastillas, chocolates y cigarrillos se les quedó viendo con curiosidad cuando aparecieron

en la esquina. Vestía un suéter raído y zapatos manchados de lodo. No dijo nada, pero volvió a ver al cuidacarros que en ese momento limpiaba las llantas de un carro gris último modelo que estaba estacionado a un costado del parque. Al frente, un grupo de muchachos y muchachas se aglomeraban en las gradas del Conservatorio, charlaban, se empujaban, reían y sus gritos parecían rebotar en la cúpula de la mañana clara y luminosa.

Se sentaron en una banca sombreada del parque junto al sendero cuidadosamente barrido. Pensó que, tal vez, le habría gustado vivir en alguna de las casas que se alineaban al fondo, a donde seguramente llegarían asordados los ruidos de la calle. Habían llegado diez minutos antes de la hora fijada y tendrían que aguardar por si alguien decidía acompañarlos. A los pocos minutos llegó Cecilia y luego apareció Jorge. A ambos tenía años de no verlos, pero a ella más de cuarenta y era la última persona que habría esperado ver, pero esa mañana estaban ahí para acompañarlo en el lugar sagrado que señalarían con las flores rojas de las cuales ellos habían tomado una cada uno y las sostenían emocionados en la mano, como si emularan las imágenes que habían circulado profusamente durante décadas en carteles en donde solo los claveles aparecían coloreados entre rostros crispados.

Caminaron hasta el vértice en donde se unían los arriates del parquecito, se detuvieron frente a la placa, depositaron el ramo de claveles y se quedaron unos minutos en silencio. Algo pasó, pero por un instante solo se oyó el rumor del viento entre los árboles, como si se hubiera hecho un paréntesis en la vida. Él rememoró imágenes que solo existían en su imaginación porque no se correspondían con nada que hubiera visto realmente, pero que le habían rondado la cabeza toda la vida.

Se tomaron de las manos y luego se despidieron con un abrazo, caminaron hacia la esquina desde donde habían

venido y cada quien se perdió en las calles de la ciudad indiferente. No habían alcanzado a doblar cuando el señor que vendía chicles se abalanzó sobre las flores y designó a su hijo de seis años para que las ofreciera, una por una, a los automovilistas que tenían que hacer el alto en el semáforo. En media hora los había vendido todos, en el lugar sagrado se hacían buenos negocios.

Jinetes del Apocalipsis

*Ella se siente a veces como cosa
olvidada en el rincón oscuro de la casa
como fruto devorado adentro.*

ALAÍDE FOPPA

Los había visto varias veces desde la ventana del autobús cuando hacían temblar a quienes habían hecho bajar, formar con las manos en la cabeza y las piernas abiertas para esculcarlos, vestidos con sus galas guerreras que reflejaban el sol refulgente. También los había observado ocasionalmente en la calle, sobre sus carros de combate oteando en derredor en medio del tránsito y los ríos de gente que iban y venían del trabajo. A veces también llegó a verlos en largos convoyes de luces encendidas como orugas interminables trepando las montañas y moviéndose lentamente entre la niebla.

Los Jinetes los acompañaban siempre, como custodios o guiándoles cuando era de noche o la niebla borraba los caminos. El Jinete Rojo asumía la vanguardia de las columnas que se internaban temerosas en la selva a través de caminos que se iban transformando en sendas cubiertas por el frescor de los árboles, en donde solo se escuchaba el canto de las cigarras y, en el atardecer, a los monos saraguates anunciando la temida oscuridad.

El Jinete Rojo de ojos encendidos como brasas se dejaba ver en las cumbres peladas en donde soplaban el viento, en medio de árboles centenarios derribados para despejar el campo de batalla. Desde ahí los animaba para que no se dejaran amilanar por el frío de la montaña tocando a degüello con su trompeta de latón dorado, mientras los harapos bermellón que cubrían su cuerpo se agitaban con el viento de la cima como estandartes o banderas.

El Jinete Rojo, el del rostro pálido, ceniciento o gris verduzco, el color de los cadáveres y la pestilencia, era el que los alentaba cuando vacilaban frente a la masa que corría desparovida desperdigándose entre maizales y manzanos y había que darles caza para destrozarles los cráneos contra las piedras del río en donde se lavó la ropa, o empujarlos al pozo profundo mientras las campanas tañían movidas por el viento.

El Jinete Negro montaba un caballo alazán reluciente enjaezado con arreos de cuero, brocados de seda y listones que flotaban entre tules de velos de viudas dolientes. Hacía sonar un cuerno que nublaba la razón de quienes debían ejecutar órdenes descabelladas y vacilaban al ver rodar las cabezas, vaciarse las cuencas de los ojos y saltar por los aires las vísceras calientes desde los vientres abiertos en canal, que brillaban como rubíes al sol del mediodía.

El Jinete Negro reía a carcajadas, gozaba mientras miraba de reojo a La Bestia que abría sus alas de murciélago chamuscadas después de cruzar por el cráter del volcán que comunicaba con el abismo del que venía. La Bestia devoradora de hombres, violadora de mujeres, que salía del inframundo, feliz cuando se le permitía andar a su aire en la superficie de la Tierra y se desfogaba.

A La Bestia la había visto apenas un par de veces en su vida y otras la había intuido, pero no había llegado a tener certeza. «Sensibilidad femenina», le había dicho la única

persona que le ponía atención cuando comentaba que había visto a alguno de los Jinetes o a La Bestia misma, pero la escuchaba y volvía a lo suyo, sin darle mayor importancia, como si se tratara de una necedad a la que no se le debía dar mucha atención. En un desfile de empenachados la llegó a divisar gozosa travistiéndose vertiginosamente de cuerpo de batallón a jefe máximo de vientre abultado y frente sudorosa. Eran solo instantes como relámpagos en los que se corporizaba irrealmente haciendo dudar de su existencia.

En otra oportunidad marchaba en el asiento trasero de un carro detenido en el margen de la ciudad para ser cateado. Se apareció sobre el hombro de quien se asomaba a la ventanilla y pedía documentos. La Bestia dejó ver su rostro diabólico y paseó la mirada satisfecha sobre quienes, atemorizados, se encogían de miedo. El miedo hacía a los cuerpos despedir un olor que La Bestia adoraba, y se asomó para dejar vagar la nariz taurina entre el vaho que despedían los del automóvil.

Estaba segura de que ninguna de las dos veces había tenido alucinaciones, que lo que se le había presentado como visiones instantáneas existía realmente, pero que solo a unos cuantos les era dado verlo. Las visiones eran azarosas pero contundentes y provocaban tal pavor que el corazón latía aceleradamente mucho tiempo después de que la presencia hubiera desaparecido.

Al volver a casa compartía el horror vivido con quien estuviera más a mano, pero nadie la tomaba en serio, interrumpían brevemente la lectura del periódico, la limpieza de la casa, el riego del jardín, pero la desatendían y no le daban importancia a lo que llamaban sus cuentos.

El Jinete que montaba el caballo bayo se le presentó más tarde. La faz del Jinete estaba demacrada por la inanición y su porte era el de un pordiosero. Pasó cabalgando como una exhalación sobre la cuna de un niño esquelético que

agonizaba en una cuna improvisada a la que ella se asomó inopinadamente sin tener idea de lo que encontraría. Esquelética era también su cabalgadura que mostraba el costillar casi desguarnecido bajo la piel flácida apenas recubierta por un pelo hirsuto y opaco. Se quedó helada, la impresión no se le borró en los siguientes días y el recuerdo le quedó por lo que le restaba de vida. Una vez que lo vio, empezó a reconocerlo trasmutado tratando de esconder los jirones de sus andrajos o escurriéndose en sitios en los que antes no se había dado cuenta que cabalgaba. El tercer Jinete del Apocalipsis, el del caballo bayo de ijares puntiagudos y belfos espumeantes, el de la hambruna, la debilidad, la vista opaca y los pelos hirsutos.

Salía de su casa e inmediatamente lo veía pasar galopando como llevado por una urgencia que no admitía demora. A su paso dejaba un reguero de miserias y pústulas que nadie más que ella parecía ver. Indefensa, era avasallada aún en sus actividades más cotidianas e inocentes.

Era el reino de los Jinetes del Apocalipsis, el lugar en donde se sentían a sus anchas, en donde apacentaban sus caballos en los mejores pastizales y a ellos les rendían pleitesía. A La Bestia le cedieron un palacio de piedra verde de salones dorados y anchas escalinatas. Desde el balcón principal saludaba de tarde en tarde a quienes llegaban a mostrarle reverencias. Quien quisiera escuchar, escuchaba un rumor sordo que venía de lejos, de las montañas de infinitas tonalidades verdes que a veces parecían arder o borrarse del horizonte, tal era la polvareda que los Jinetes del Apocalipsis levantaban cuando cabalgaban alucinados de un lado para otro envueltos en nubes de polvo. Pero nadie escuchaba ni veía la polvareda parda y los Jinetes eran héroes que cabalgaban sus corceles luctuosos entre aplausos y ocupaban el lugar de los sueños de las muchachas núbiles.

Pero, aunque su presencia rondaba su vida siempre, pasaban a distancia y no fijaban su mirada en ella. Hasta que una noche aparecieron en el pequeño jardín del frente de la casa. A pesar de que hicieron escándalo, nadie salió a ver qué pasaba, más bien trancaron las puertas y ni siquiera se asomaron tras los visillos. Estaban aterrados, agradecidos de que no fuera su turno y que estuviesen contenidos en el estrecho espacio de la casa de ella. Los espectros hacían ondear sus estandartes, la retaban a que saliera y sacaban a relucir pergaminos con edictos que la sentenciaban, y fue así como se dio cuenta de que para ella ya no había esperanza, que todo había terminado incluso antes de que hicieran tronar la puerta con los golpes de sus puños, porque, para entonces, ya estaba en la lista negra de los desahuciados, de los que habían sido condenados a ser arrastrados por los esbirros de La Bestia guiados por los Jinetes que cabalgaban en su patio anunciándole que eso había sido todo para ella, que de ahí en adelante sería conducida al reino de la destemplanza, al mundo de las brumas en el que nadie encuentra a nadie.

Los Jinetes en persona la agarraron de las muñecas, la maniataron, partieron con ella con rumbo incierto, y por más que quienes no le habían hecho caso cuando ella les habló de los Jinetes del Apocalipsis la buscaron por todas las esquinas y rincones, nunca la encontraron. Se esfumó de la faz de la Tierra, la hicieron humo o nube o viento, quién sabe, era prerrogativa de los Jinetes y sus huestes saberlo y nunca se dignaron a decirlo porque ese era su pacto, el uno para todos y todos para uno que los mantenía a salvo, incólumes en medio de la devastación que habían dejado.

Raquelita

Raquelita fue su compañera toda la vida, aunque ella había entrado al colegio un año antes. Fue parte del grupo que lo recibió en el tercer grado de primaria, y cuando estaban casi por graduarse de bachilleres, fue cuando sucedió todo. Después de más de ocho años de conocerse y verse casi todos los días, lo que pasó entonces no podía dejarlo indiferente.

Eran tres hermanos, dos mujeres y un varón, el más pequeño y el más conocido por varias razones. La primera que, a pesar de ser muy menudito, era moreno con los ojos claros y a las niñas les gustaba mucho. Era, pues, popular. Era además un torbellino de energía inagotable. Compañero de su hermano, había llegado a varias celebraciones de cumpleaños a la casa y cada vez había sido memorable, rompió ventanas, desparramó bebidas y comidas e hizo desastres en la habitación de las niñas en donde registró los armarios y dejó un desorden descomunal.

Raquelita era colaboradora, llevaba y traía el libro que cada profesor debía firmar luego de pasar lista, se ocupaba

de mantener limpio y en su lugar el borrador de la pizarra y cuando, por alguna razón, el grupo se quedaba solo, era la responsable de anotar quién se portaba mal. Cuando terminaron el sexto grado de primaria sacó el cuarto lugar de la clase y le dieron un diploma que lo acreditaba. En ese acto, que se llevó a cabo sobre una tarima de madera levantada especialmente para el cierre del ciclo escolar en el patio central del colegio, los varones presentaron la coreografía del Ratón vaquero y ella fue la ratona dedicada.

Para celebrar la culminación de la primaria, el colegio organizó el ascenso colectivo a un volcán cercano. Para estar en forma, durante seis meses hicieron largas caminatas los sábados por la mañana el día que les tocaba la clase de educación física, y era evidente que Raquelita se cansaba mucho. Pero fue a la excursión e hizo el esfuerzo. Los últimos cientos de metros la llevaron casi cargada, pero llegó y vio el amanecer, una experiencia que no volvió a repetir nunca, pero que siempre dijo que era una de las mejores de toda su vida. Luego, conforme aumentó la temperatura, se durmió plácidamente con la cabeza apoyada de una piedra y no despertó hasta media mañana, cuando debían iniciar el descenso.

No tuvo novio hasta el cuarto de bachillerato, cuando entró un nuevo con costumbres que los maestros dijeron que no eran muy recomendables, que iban a malear al grupo, y fue Raquelita la que, un tiempo después, fue puesta de ejemplo de lo que podía pasar. Uno de los profesores, el mayor y siempre más comedido de todos, la llamó aparte en un recreo y algo le dijo, porque las escenas amorosas bajaron de tono.

Hay una foto colectiva en blanco y negro en la que aparecen todos «los viejos», como les decían a los que venían juntos desde la primaria, con su respectiva mamá. Raquelita viste un traje acampanado color blanco con una moñita cerrando un discreto escote típico de los años setenta y luce tranquila

como siempre fue, viendo quién sabe qué hacia un costado y sonriendo levemente, con las manos entrecruzadas en el regazo. Con otros compañeros han discutido las circunstancias en las que se tomó la foto, porque no hay consenso. Unos dicen que fue cuando terminaron el sexto grado y le hicieron un homenaje a quien había sido su maestra de primaria; otros que no, que se trata de cuando Rebeca cumplió quince años e hizo una fiesta en el Motel Plaza en donde tocaron Los Monkys y fue un éxito rotundo.

Como es costumbre, al acercarse la graduación de bachillerato, se empezaron a hacer planes. Un pequeño grupo «rebelde», según dijo el director con sonrisa condescendiente, no quería usar toga ni birrete ni mandarse a hacer anillo. Raquelita sí quería y le hacía mucha ilusión, así que conversó con quienes estaban de acuerdo sobre los colores y al final se decidieron por toga color crema y birrete vino. Las reuniones para decidirlo fueron en su casa, su mamá preparó sándwiches y refrescos y todo fue agradable y emocionante.

El grupo «rebelde» decidió que asistiría sin toga y sin birrete al acto de graduación en el Conservatorio Nacional, pero que ninguno participaría en la misa de agradecimiento en la iglesia del Colegio Salesiano, de donde provenía el sacerdote que les había dado unas charlas para encauzarlos sanamente, según dijo la circular que pasaron de la dirección, cuando estaban a las puertas de la adolescencia.

En esas estaban cuando una mañana, como a las once, aparecieron para buscarla en la clase. El director llegó acompañado de una señora a la que nadie había visto antes, tocó la puerta y, sin esperar que lo invitaran, entró con cara de circunstancias. El profesor de Estudios Sociales se levantó de un brinco y lo saludó como se saluda a un jefe en tiempos de inestabilidad laboral. Con la mirada, buscaron a Raquelita, la señalaron, le pidieron que recogiera sus cosas y que los

acompañara. Siempre se había caracterizado porque una de sus medias, la de la pierna derecha, no se le quedaba en su lugar y se le caía hasta el tobillo, y así salió aquella mañana que él recordaba soleada y tranquila, cargando su bolsón de cuero lleno de libros y cuadernos, desorientada porque no sabía por qué razón llegaban a buscarla a deshoras y la hacían salir con todas sus cosas como si fuera a marcharse a su casa.

Eran tiempos infaustos aquellos y fue así como Raquelita supo lo que era perder a su padre en una esquina cualquiera de la ciudad mientras esperaba a que cambiara la luz de un semáforo.

La volvió a ver cuarenta y tantos años después, cuando la vida ya casi había terminado de pasar, conversaron brevemente y él no se atrevió a tocar el tema cuyo recuerdo lo había acompañado siempre.

En la esquina

El Paleta Gutiérrez, que estaba presente esa tarde, dice que las cosas no sucedieron como yo las he contado y da su versión de los hechos. Dice que nos habíamos quedado de juntar como a las dos y media en la casa del Shinola Martínez para ir al cine y después comernos unas hamburguesas; que iban a llegar también el Canche Sagastume, el Níco Ordóñez, El Chucho Morales y el Chato Manzur, pero al final el Níco y el Chucho dijeron que mejor se vieran otro día porque las cosas estaban color hormiga y no fuera a ser que por andar parando la cola nos fuera a pasar algo. Así que al final fuimos solo cinco de los del grupo de siempre y que, para no mentir, dice el Paleta, los que llegamos andábamos medio arralados porque las bolas andaban desatadas desde el día anterior y cada una era peor que la otra.

Lo que más se estaba comentando era lo de los carteles que decían que habían aparecido en distintos puntos de la ciudad. Había quienes decían que no era cierto, que no había tales carteles y que todo era una estrategia para hacer cundir

el miedo, pero había otros que decían haberlos visto con sus propios ojos. Eso es lo que dice el Paleta, aunque yo recuerdo que todo estaba clarísimo, que los carteles existían, y que lo único que se ponía en duda era quién los había hecho y mandado a pegar con engrudo en las calles del centro cercanas al Parque Central y al edificio del Congreso.

Recuerdo que debemos haber salido como a las tres menos cuarto de la casa del Shinola y que íbamos discutiendo qué película ver, si la del Capri, en donde daban dos seguidas, o a la del Lux, en donde estaban dando *La Biblia* y decían que Adán y Eva salían desnudos de cuerpo entero, aunque el Chucho sostenía que no, que estaban vestidos con unos trajes de hule color carne porque el Papa había dicho que si salían desnudos, él la vetaba. El rollo era que unos decían que el Papa podía vetarla y otros que no, que el Papa no podía. Así que, para salir de dudas, decidimos ir a ver *La Biblia* y entonces la discusión se centró en si pasábamos o no antes por el Capri a comprar los que el Chato decía que eran los mejores *hot dogs* que había comido nunca y que vendía un señor en un carrito ambulante al frente del cine. Que yo me acuerde, de eso era que hablábamos y no de carteles, y que el Ñico y el Chucho no llegaron esa tarde por a saber qué razones, pero no porque anduvieran con precauciones o cosas por el estilo. No puedo imaginarme al Ñico y menos al Chucho arralados por bolas como esa, era algo que estaba como fuera de su mundo, como que su onda era totalmente otra y no andarse fijando en ese tipo de cosas.

Lo cierto es que, por fin, se decidió que no se pasaría por el Capri a comprar los *hot dogs* porque, como bien dijo el Shinola, era un problema llevarlos cargando hasta el Lux con el guacamol chorreándose revuelto con el jugo del encurtido de repollo que le ponía el señor y que era lo que le daba ese toque que los hacía ser realmente buenos.

Dice el Paleta que él se acuerda hasta de que cuando íbamos pasando por donde Paiz, nos quedamos viendo una Yamaha 125 que habían dejado estacionada y que era su sueño. De seguro por eso es que se acuerda, porque yo nunca ambicioné tener moto y no entendía nada de eso de la cilindrada y los caballos de fuerza que el Paleta se sabía de memoria. Así que él dice que se acuerda perfectamente que estuvimos un rato viéndola y hasta de que llegó el dueño y nos estuvo describiendo las bondades del «bólide».

Mis recuerdos de esa tarde son muy vagos, apenas que el cielo estaba encapotado y no sé por qué también que pensé que ya el país se estaba modernizando, porque pasó una camioneta echando un humarascal terrible que nos sofocó a todos. De seguro yo pensaba que el progreso era eso, y como en esos tiempos nadie hablaba de contaminación ni nada por el estilo, yo andaba medio confundido. Así que de eso sí me acuerdo y, ¡qué raro!, también me acuerdo de los zapatos que llevaba el Chato Manzur, que los había comprado en unas vacaciones que había pasado en Miami y que todos decían que eran tan la última moda, que todavía no habían llegado al país.

En lo que sí estamos de acuerdo es que, seguramente, era un sábado porque nosotros salíamos solo los sábados, cuando no había que hacer las tareas o quedarse en el colegio para los ensayos del coro o entrenar fútbol o natación para las intercolegiales, y aunque discutíamos sobre lo que íbamos a hacer, siempre hacíamos casi lo mismo, ir al cine, comernos unas hamburguesas o unos *hot dogs*, comprar chocolates Layer y tomarnos una Nesbitt's o una Coca-Cola.

En las pocas fotos de esos años en las que aparecemos juntos se nos ve flacos y desgarrados, con pantalones acampanados y melenitas tímidas que, sin embargo, eran el escándalo del director del colegio. Aquella tarde esa era nuestra pinta. Cada uno había hecho un esfuerzo por irse

armando del vestuario a la moda peleando con la oposición de los padres, ahorrando de las mesadas semanales o gastando menos de lo que nos daban para el almuerzo los tres días de la semana que nos quedábamos por la tarde en el colegio. No había mucho más de dónde sacar lo suficiente para comprarse un bluyín, una camisa de grandes puños y cuello puntiagudo o unos zapatos de plataforma. Caminábamos así por la calle atiborrada de gente ese sábado y de lejos se veía que estábamos aún huérfanos de cariño femenino y lo necesitábamos urgentemente, que nuestro atuendo apuntaba a deslumbrar a alguna muchacha de las que se movían en grupo y que reían y cuchicheaban entre sí cuando miraban a muchachos como nosotros.

Ninguno era de los galanes del colegio. Ellos tenían su propio grupo y a nosotros solo nos llegaban de vez en cuando retazos de los comentarios de las fiestas a las que asistían y de las muchachas a las que conquistaban. Tenían complicidades y rivalidades con grupos similares de otros colegios en donde había descendientes de extranjeros con todos los atributos por los que se morían las muchachas, ojos y pelo claros y más altos que el promedio, que éramos nosotros.

Llegamos así a la esquina del hotel Panamerican. El semáforo estaba en rojo, no nos daba paso a los peatones y empezamos a comentar que era uno de los aparatos sincronizados que acababan de colocar en varias avenidas de la ciudad. La discusión giraba en torno a la velocidad a la que había que conducir para poder encontrar todos los semáforos en verde y qué pasaba si uno debía doblar y entrar en una nueva vía con sincronización diferente. El Canche Sagastume decía que, como era tecnología gringa, eso estaba milimétricamente calculado, y que uno podía dar la vuelta a la manzana sin tener que detenerse en ninguna esquina si iba a la velocidad adecuada, pero que él no sabía cuál era esa velocidad.

En esas estábamos cuando el Paleta me tocó el hombro y me dijo «mirá», con cara consternada señalándome la pared del hotel. En la esquina descascarada estaba pegado un cartel hecho con papel ordinario en el que aparecían un montón de fotos con una leyenda abajo. Me acerqué y el resto del grupo me siguió: eran las fotos de unas veinte personas de las cuales yo conocía a la mayoría, eran amigos de mi papá, llegaban a la casa frecuentemente, conversaban a veces hasta bien entrada la madrugada, tomaban tragos y fumaban. En la esquina superior derecha estaba también la foto de él, era una imagen sacada de algún periódico porque en aquellos años salía en ellos frecuentemente. Abajo decía:

Agrupaciones anticomunistas de Guatemala y los pelotones de ajusticiamiento diseminados en todo el país: deben buscar hasta encontrar donde se hallen tamaños traidores castro-comunistas quienes deben pagar con su vida y el crimen de lesa patria cometido al pretender regresar al país, y sin piedad alguna deben morir como perros rabiosos y sus inmundos cadáveres no deben ser cobijados por la tierra bendita de Guatemala, sino que deben servir para hartazgo de las aves de rapiña.

«¡Putal!», dijo el Chato Manzur, y agregó después de ver con detenimiento el cartel «¿y no que tu tata era amigo del presidente, pues?», pero nadie supo qué más decir. Esos carteles eran la razón por la que no habían venido Níco y el Chucho, pero ninguno me hizo el vacío ni me vio raro y siguieron siendo mis amigos como siempre. Son las cosas que se agradecen toda la vida.

Los pies no le llegaban al suelo

El pasado irrumpe

Sin protección y sin presentarse.

FITO PÁEZ

La señora de la casa tenía sus ínfulas y se había mandado a hacer un comedor estilo colonial en el taller del Rana, en Ciudad Vieja, que estaba en una casa de adobe, bahareque y piso de tierra, en donde vivía con su mujer en los cuartos del fondo rodeado de una pandilla de cinco hijos, de los cuales el mayor apenas debía estar llegando a los doce años. Le había llevado una silla de muestra con todas sus tallas de hojarasca, águilas bicéfalas y torneados en las patas. Quien se sentara en ellas semejaría un adusto capitán general o encomendero antigüeño haciendo valer títulos y propiedades. La había sacado subrepticamente de un salón en el que estaba junto a otras alrededor de una mesa, en el que tenían lugar sesiones solemnes de una sociedad apolillada en los ritos coloniales.

El Rana no avanzaba al paso que los deseos de la señora requerían. Lo llegaba a apremiar los sábados por la tarde o los domingos por la mañana, cuando aprovechaba que había ido a pasar el fin de semana a la Antigua. Estacionaba el carro en la puerta y salía con cuidado para no embarrarse los zapatos

con lodo porque la calle en donde vivía el Rana tenía un declive que hacía que el agua se empozara.

Pero, aunque lo terminó con más de tres meses de atraso, el comedor quedó lindísimo, y en comparación con lo que hubiera costado en una mueblería de la ciudad salió una bicoca. Estaba tan bonito que a Eva, su concuña, le tembló la mandíbula de la impresión cuando lo vio. Llegó justo a tiempo cuando a su marido lo habían puesto en un cargo relevante y tenía que empezar a invitar gente importante a la casa casi todas las semanas. Encargaban una paella a un restaurante de primera línea y con dos o tres botellas de Undurraga sobre un mantel de lino la mesa se veía espectacular.

Estaba todo muy elegante, pero incómodo. Era una familia grande y los más pequeños sentados en las sillas nobiliarias no alcanzaban a llegar al borde de la mesa. Hubo que ingeniárselas con unas tablas que apoyaban en los brazos de las sillas para que se sentaran ahí como príncipes herederos que comían arroz con frijoles y plátanos fritos. Los más grandes, aunque también bajos de estatura, se las arreglaban con cojines que se mandaron a hacer especiales con una tela color vino.

A pesar de los evidentes inconvenientes, al ver el impacto que había provocado el comedor en sus amistades y parientes, la señora de la casa decidió encargarse al Rana un juego de sala a tono con él. Nuevamente el ebanista se tomó su tiempo, aunque no porque fuera remolón, sino porque, para sobrevivir, debía aceptar trabajos menores que podía terminar más rápido y le daban para el sustento de la tropa que tenía a su cargo. Se sucedieron entonces de nuevo las visitas los fines de semana a Ciudad Vieja hasta que los muebles estuvieron a punto y fueron trasladados hasta la ciudad capital a bordo de un camión desvencijado propiedad de un vecino.

Se pobló así de muebles de aspecto nobiliario la parte social de la casa. Acorde con los consejos de un amigo, sensible a los asuntos de la decoración de interiores, se contrastaron con alfombras de colores ubérrimos, amarillos y morados, y se eligió como camino de la mesa de aspecto colonial una guarda de origen indígena con bordados multicolores sobre el cual se asentó un jarrón que, cuando llegaban visitas, se adornaba con flores tropicales que le daba al conjunto un aspecto exótico.

Dadas las responsabilidades asumidas por el señor de la casa, se recibían continuamente variopintas visitas que eran acomodadas en el salón. En muchas oportunidades era evidente el contraste entre los muebles señoriales y el modesto atuendo de quienes llegaban a menesteres ajenos a encuentros sociales frívolos. Discurrieron por ahí dirigentes estudiantiles, sindicalistas, políticos apenas amparados por las sombras de la clandestinidad y otros que se jugaban la vida en una actividad pública siempre amenazada con verse interrumpida abruptamente. La mayoría de veces, las sillas les quedaban grandes y sus cuerpos se hundían enmarcados por los brazos tallados y el respaldar con escudos heráldicos.

En vez de disturbarla, la señora de la casa se sentía íntimamente satisfecha con esos contrastes de condición social que sus muebles ponían en evidencia. Bajita, regordeta, proveniente de un hogar de clase media, el que el marido hubiera accedido a sitios de la función pública que lo hacían objeto de atención la hinchaban de orgullo y le asentaban la idea de que también ella era importante. Se le veía en los ojos y en ciertos gestos afectados que asumió apenas los muebles estuvieron debidamente instalados.

En esos muebles acomodó la pareja a uno de los políticos connotados del momento. Era de oposición al gobierno, especialmente aguerrido y, dadas las características del medio,

muchos pensaban que era imprudente y que se arriesgaba demasiado. En esos tiempos, arriesgarse demasiado significaba poner en jaque la vida. Era bajito y ese atributo le había valido varios apodosos a lo largo de su vida, pero como político lo compensaba con su verbo encendido y la coherencia de sus ideas que, en el mediocre ambiente cuajado de figuras de sesera limitada, hacían olvidar su estatura.

La reunión fue cálida, porque las calidades que los destacaban en el panorama político local y los ponían en la necesidad de intercambiar ideas y coordinar acciones eran accidentales y, por lo tanto, transitorias. Lo perdurable, de largo aliento, era su amistad, que databa de los años juveniles, cuando cuajan los afectos más duraderos. Tenían amigos y conocidos en común, anécdotas y un itinerario de viajes y estancias en el extranjero parecido, aunque los países en los que habían recalado eran distintos. Así que esa noche se entretuvieron poniéndose al día de lo que no habían vivido juntos, comentaron con confianza sobre lo que consideraban que era la situación crítica que vivía el país y sobre los riesgos que ambos corrían.

El invitado apenas tenía la misma estatura que la dueña de casa, quien, a su vez, era conocida por chaparra. A la hora de pasar a la mesa, ella le dio con complicidad uno de los cojines que había mandado a hacer y, aun así, no estuvo cómodo. El vino, por ejemplo, se le tuvo que servir porque no lo alcanzaba por sus propios medios. Para evitarle el bochorno de no alcanzar los azafates en donde estaba la comida en el centro de la mesa, la señora instruyó a una empleada para que pasara con las bandejas ofreciendo a cada uno que se sirviera de lo que ella le ofrecía.

Cayó una leve llovizna sobre el jardín que se podía admirar a través de los ventanales del comedor, la grama impeccablemente recortada, la enredadera exuberante que trepaba

por la pared del fondo. Pasó a saludar uno de los hijos que llegaba tarde de alguna velada, pero solo llegó hasta la puerta. Desde ahí vio el panorama completo, las cuatro personas en un extremo de la mesa, el jarrón con las flores del otro lado junto a la comida y un par de botellas de vino; los pies del invitado en el aire, balanceándose como los de un niño. Cosas de la vida: fue esa imagen la que se le vino a la mente cuando, unos cuantos días después, vio al padre indignado y dolido recibir por teléfono la noticia de que los vaticinios funestos se habían hecho realidad en su amigo.

Va a haber sorpresas

*Serán tal vez los potros de bárbaros atilas;
o los heraldos negros que nos manda la Muerte.*

CÉSAR VALLEJO

Las premoniciones habían estado presentes siempre en su vida. En la casa de sus abuelos se contaba frecuentemente lo que habían vivido todos un domingo por la mañana cuando se llevaba a cabo el desayuno familiar. El hecho de que fuera una experiencia colectiva no daba más certeza de que realmente hubiera sucedido, porque la familia era de esas en las que prevalecía un espíritu tendente a las supersticiones y a creer en hechos que ahora llamaríamos paranormales, pero lo contaban con tal vehemencia que uno estaba tentado a darles crédito.

Había una tía que parecía tener dones premonitorios. Dos eran las anécdotas que se contaban de ella al respecto. La primera ocurrió cuando las cinco hijas y los dos hijos de la familia eran aún adolescentes o muy jóvenes. Una de las muchachas, que siendo tantas le era difícil de ubicar, tenía un novio que parecía enrumbarse hacia el matrimonio con ella y contaba con las simpatías de toda la familia. Aparentemente era apuesto, gracioso, atento y serio, es decir, pintaba como un buen prospecto y era alma de reuniones y paseos. Los

recuerdos que se tenían de él eran cálidos y cuando se los evocaba sus tías, que eran quienes lo hacían, sonreían.

El hombre parece haberse llamado Cayetano, aunque la memoria, como se sabe, es traicionera, y él no había sido partícipe directo de los hechos, lo que hacía más lábil aún la retención de su nombre. Según contaban, la tía que sufría las premoniciones lo vio en un sueño ensangrentado en medio de una enorme destrucción en la que, aparentemente, solo él quedaba vivo.

Abrió los ojos sobresaltada, bañada en sudor en medio de la noche. Fue tal la angustia que sintió, que despertó a sus hermanas que dormían cerca en la misma habitación. Trataron de calmarla trayéndole un vaso con agua que la obligaron a tomar despacio, para que se le calmaran los latidos del corazón que, según cuentan, eran tan violentos que le hacían vibrar el camisón con que dormía.

Al día siguiente, en corro, interrogaron al tal Cayetano, que llegó puntual, como dicen que llegaba todas las tardes. Pero los papeles se invirtieron, y aunque él negó con gesto socarrón que estuviera involucrado en cualquier cosa que pudiera hacer temer que sucediera algo como lo que presagiaba el sueño, fue evidente que se sintió intrigado porque, con delicadeza, pero insistentemente, sometió a su vez a la tía a su respectivo interrogatorio, que unos días después se supo que no era más que un intento de averiguar si no se habían filtrado datos de un complot en el que se encontraba involucrado y del que no pudo darles referencia sino hasta después de que todo hubiera pasado. El mito familiar contaba que el único que se salvó de la explosión del polvorín del fuerte en el que se encontraba el muchacho fue él, y que los sucesos tienen que ver con la Revolución de 1944.

La segunda anécdota, que al igual que la primera era certificada por toda la familia sin resquicio de duda, era la del

domingo en el que todos desayunaban. Uno debe imaginarse el escenario, por lo que ubiquémoslo a las nueve de una mañana soleada en la que la luz radiante baña una gran mesa con mantel de ocasión con los siete hijos, la madre y el padre más una tía que vive con ellos sentados a la mesa en silencio —porque así lo mandaba la férrea disciplina establecida—, cuando la tía que es propensa a las alucinaciones premonitorias empieza a sufrir una especie de ataque que hace que sus dedos se deformen como garras, los brazos se le engarroten, su espalda se arquee y empiece a hablar con la voz cascada de un anciano tío que vivía en otra ciudad y que se encontraba a las puertas de la muerte. Dicen que más tarde se enteraron de que, a la misma hora en la que la muchacha sufría esa transfiguración, el tío moría en su lecho.

La historia termina trágicamente: pasados los años, ya transformada en una mujer hecha y derecha, la tía se casó con un español con el que tuvo dos hijos, un varón y una mujer, famosos ambos por su belleza, porque eran rubios y de ojos claros, pero a los que ella reiteradamente soñaba que asesinaba con unas tijeras que guardaba para su uso en la cocina. Horrorizada, al borde del colapso, la tía se encerraba en un armario y pedía que no la dejaran salir, que le echaran llave por fuera y velaran junto a la puerta para evitar que perpetrara el horroroso asesinato que no sabía por qué cometería, pero que sus antecedentes le decían que al final llevaría a cabo.

Quién sabe si lo que se relatará a continuación cabe clasificarlo como premonición del tipo que tenía la tía, o si se trata simplemente de un plan siniestro que ya se encontraba en marcha y del cual solo se hizo mención por alguna razón que escapa a la comprensión de quienes no tienen una mente retorcida.

A mediados de la década de los ochenta, más concretamente en 1985, una mujer, como otras miles en el país, deambulaba de institución en institución, de hospital en hospital, de una

a otra estación de policía o cuartel militar buscando a un ser querido que había sido secuestrado. Tenía testigos que certificaban que había sido abatido con una herida en un hombro y que había caído de la moto en la que viajaba; que había sido recogido del pavimento ensangrentado y aventado en la parte trasera de un picop color blanco que había partido a toda velocidad en dirección desconocida.

Hechos como este se sucedían por cientos en esos días, así que la mujer se asoció con otras e iniciaron acciones colectivas para reclamar por sus seres queridos. Una de ellas fue a pedir audiencia con quien fungía en esa época como presidente del país, un general adusto que les concedió una cita en su despacho. Llegó la joven mujer con otras dos acompañantes al Palacio Nacional, fueron detenidas y cateadas en la entrada, bajó un edecán uniformado para guiarlas y recorrieron los pasillos frescos, de amplias resonancias en las que el sonido de sus pasos nerviosos retumbaba en los altos techos.

Las hicieron esperar más de una hora en una antesala amueblada con sillas incómodas en la que había dos puertas, una por la que habían entrado y otra por la que les hicieron pasar al final de la larga espera. Mientras tanto, apenas se atrevieron a conversar en voz baja entre ellas corroborando que cada una trajera los documentos que les correspondía y respecto a los cuales se habían puesto de acuerdo la tarde anterior.

Cuando al fin apareció en la puerta el mismo edecán que las había conducido hasta esa sala, recorrieron otro largo y oscuro corredor al que cada cinco o seis metros daba una puerta. La mujer pensó en la expresión «los corredores de palacio» que había leído alguna vez en una novela. Casi al final, a la derecha, fueron introducidas en el despacho del señor presidente, quien se encontraba sentado tras de un enorme escritorio. El edecán las hizo sentar sin mediar palabra, solo con un gesto, a cada una en una silla y se retiró, mientras el

hombre atrás del despacho continuó enfrascado en algo que le robaba toda la atención por otros quince o veinte minutos que se hicieron eternos.

Cuando al fin se levantó y las atendió, parecía fastidiado, hacía gestos de impaciencia como dejar vagar la mirada hacia un ventanal que tenía a la derecha, tamborilear los dedos en el brazo de la silla, mover sincopadamente las piernas y ver a las mujeres con un cierto dejo de desprecio. Cuando al final habló, las conminó a ser juiciosas, porque sus esposos, dijo, de seguro andaban metidos en cosas peligrosas que habían desembocado en su desaparición, pero les anunció, al final de la entrevista, que iba a haber sorpresas. Ellas quedaron en suspenso a la espera de alguna pista que las orientara sobre a qué se refería, pero él no dijo nada más, se puso de pie, con un gesto les señaló la puerta y, sin más, volvió a la tarea que lo había tenido ocupado desde antes de que ellas llegaran.

Ante la ambigüedad, quedaron esperanzadas, y así lo hizo ver una de ellas en una carta que escribió relatando la entrevista. «La esperanza es lo último que se debe perder», escribió, y luego cerró la misiva. Una semana después ella también fue secuestrada, aunque, a diferencia de su esposo, apareció muerta casi inmediatamente.

No llegó

Para Rubén

Normalmente nos veíamos en diferentes lugares de la ciudad, caminábamos mucho. No nos reuníamos en cafeterías creo que por una única razón: siempre andábamos mal de dinero. Caminábamos por el barrio El Gallito, por la Zona 1, el parque Morazán, el parque de San Sebastián, por el Cerrito del Carmen, el Zoológico La Aurora, la Zona 8 por el sector de La Castellana; nunca por lugares céntricos o por los centros comerciales. Nunca de noche. Teníamos una medida: si alguno de los dos no llegaba a un encuentro previamente acordado, debíamos llegar al permanente. Era un sitio prefijado a una hora acordada por ambos y los días deberían ser los múltiplos de un número, por ejemplo, si nuestro permanente era los múltiplos de seis, si alguno no llegaba a una cita fijada para el quince, debíamos llegar al lugar y hora acordada el dieciocho, el veinticuatro, el treinta de ese mes y, de ser necesario, el seis y el doce del siguiente.

En nuestras reuniones, que usualmente duraban una hora, platicábamos de la situación del país, ocasionalmente me pasaba un ejemplar del periódico de la organización o algún

otro documento que yo debía leer y analizar. El tema recurrente era la situación del país. En ese momento funcionaban los Tribunales de Fuero Especial y, en general, la capacidad de movimiento de todo el mundo era en extremo limitada. Casi era cuestión de esperar y sobrevivir. De vez en cuando me transmitía alguna directriz.

El 83 fue de una calma chicha, quizás presagio de lo que se dejaba venir. 1984 no pintó bien desde el principio. A finales de enero se nos dijo que iba a llegar una persona a hablarnos. En efecto, así fue; nos llevaron a una casa en El Milagro y ahí una chava a la que solo sé que le decían La Negra nos dijo que la organización se había dividido.

Todo fue muy confuso. Se incorporó un nuevo miembro al colectivo, al que solo identificamos como Lolo. Pidió que se eligiera un representante para una reunión. Me eligieron a mí y Lolo quedó de pasarme a recoger una noche de domingo, que yo debía caminar sobre la 7.^a avenida de la zona 9, en dirección sur. Que llevara un maletín con ropa, porque iba a ser una reunión de varios días. En efecto, llegó Lolo, pero sin carro y a decirme que todo quedaba suspendido, que se había dado un problema muy serio y que ya no iba a haber reunión. Meses después me enteré de que mucha gente cayó ese día y fue ahí en donde empezó la debacle.

En uno de los encuentros que tuvimos me dijo que él todavía no tenía una decisión sobre qué iba a hacer y que, dado que se había roto el vínculo hacia arriba, era mejor que no siguiéramos viéndonos. Y así hicimos. El fraccionamiento trajo colas muy feas. Cayó gente que después nunca más apareció y otra que estaba clandestina. Previamente había caído un licenciado que fue liberado gracias a las gestiones de su esposa, que al parecer estaba muy bien conectada. Todo era incertidumbre, murmuraciones, especulaciones, tratando de armar el rompecabezas de lo

que estaba pasando. El colectivo se mantuvo funcionando, pero sin ninguna orientación.

Reiniciamos el vínculo. Me dijo que teníamos que trabajar por reconstruir lo que quedaba, que estábamos aislados, dispersos, cada quien jalando para su lado. Yo lo miraba muy preocupado, con la mente en otro lado. Me dijo que tenía muchos problemas, que el fraccionamiento había traído muchas cosas malas. Que habían caído muchos, que en una absurda disputa por los recursos como casas, dinero y armas se había dado mucho flanco y que nos estaban entrando con todo.

En un par de ocasiones llevó a su hijo a las reuniones. Recuerdo una en particular en el parque de San Sebastián, porque allí soltó la caminada. Era un bebé hermoso. Recuerdo que llegaba con él en una bolsa tipo canguro. Fue en esa época que me dijo que se estaba moviendo mucho.

La primera semana de mayo de 1984 me contó que se iba a dar una reunión de dos días. Llegamos los que todavía quedábamos. La idea era hacer una planificación para retomar el trabajo y formar un grupo. Se platicó mucho pero no se llegó a nada. Era complicado saber quién era quién. Se hablaba y se especulaba demás, que si fulano era de un grupo, que si perencejo era de otro, que si aquel otro no se sabía de dónde era, que había varios que no estaban con ninguno. En esas andábamos cuando quedamos de reunirnos el 15 de mayo de 1984 a las cuatro de la tarde. Teníamos que hablar de un artículo que me había pasado y de los planes a futuro para reorganizarnos. Llegué y estuve esperando. Él muy pocas veces no llegaba a un contacto, pero pasaba. Era una típica tarde de mayo en la capital, un poco calurosa, con asomos de lluvia. Lo estuve esperando afuera del edificio en el que habíamos quedado de vernos, en el parqueo, pero como no llegaba entré al edificio y a las 4:15 me fui.

El permanente lo teníamos al otro día a las ocho de la mañana en la Plazuela España. Llegué en punto y me senté a esperar. Me senté en una de las bancas que rodeaban la fuente. Recuerdo que pasaron los cinco minutos reglamentarios y no llegó. En ese momento me empezó un frío horrible en el cuerpo. Empezó la negación.

—«Le daré otros cinco» —pensé.

Y a los diez, otros cinco. Rompiendo toda norma de seguridad, lo esperé quince minutos. A las 8:15 de ese día estaba sentado en esa banca, con una enorme sensación de tristeza. Ya tenía certeza de lo que había pasado. Como pude me paré y empecé a caminar en dirección de la calle Montufar, buscando la parada de bus. Han sido las cuadras más largas que he caminado en mi vida. Tenía un miedo terrible. Cada vez que se acercaba un carro, una sensación helada me recorría la espalda y sentía que en cualquier momento iba a escuchar un frenazo y unas puertas abrirse. Me fui. A lo largo del día empecé a decirme a mí mismo que era un cobarde, que seguro no había pasado nada y que todo era imaginación mía, que en cualquier momento iba a aparecer grandote, con su bigote y su sonrisa y sus ojos irónicos.

Cuando llegué a la universidad había un gran alboroto. Se nos citó a una reunión urgente. La reunión la dirigió Papa Sin Sal y nos dijo:

—Muchá, prensaron al Chiqui ayer en la mañana. Tenemos que tomar todas las precauciones porque, por lo poco que sabemos, se lo jaló el ejército. Nadie sabe cómo ni dónde. Hay versiones confusas. Su esposa está muy angustiada.

Todo fue desolación en esa reunión. Yo no dije que tenía que verme con él porque no sabía si entre nosotros había algún infiltrado.

Más o menos cinco días después desapareció el Papa Sin Sal junto a otros dos. Una de las versiones es que los prensaron

a los tres juntos, la otra que fue por separado pero el mismo día. Se dijo que uno citó a los otros dos, pero que ya tenían seguimiento y se los jalaron a todos. Se organizó una gran marcha que de San Lucas caminó hasta el Palacio Nacional. Caminamos los treinta y cinco kilómetros bajo un sol abrazador. Una panel del ejército circuló todo el tiempo filmando a los que asistimos. Antes de llegar a Mixco, uno de los que encabezaban se acercó a los de la panel y les pidió que se fueran. Les dijo que nos dejaran en paz, que ya se habían llevado lo más importante. Él pagó muy cara la osadía al año siguiente.

En aquella época se dijeron muchas cosas. Una versión que circuló fue que siempre había habido infiltrados y que eran ellos los que habían pasado el norte sobre las intenciones de reestructurar el movimiento y quienes eran los posibles cabecillas. Fue muy fuerte el rumor de que estos infiltrados, a quienes todos conocíamos, fueron los que los entregaron.

Creo que el fraccionamiento fue el punto de inflexión para entrarnos con todo.

Yo le debo mi vida. Eso es un hecho. Sé que él, al ser capturado, me pudo haber entregado y me pudieron pensar ese día o me pudo haber entregado al día siguiente, cuando fui al permanente. Pero no lo hizo. Estoy seguro de que resistió y no claudicó.

Ahí torturaban

De lo que no se puede hablar, hay que callar.

LUDWIG WITTGENSTEIN

Después de varios días del intenso ajetreo que siempre caracterizaba sus visitas al país, que lo invitara a almorzar en su apartamento con vista panorámica sobre una de las partes más bellas de la capital, le cayó de perlas. Era la amiga acomodada, la que conocía gente que él también había conocido y con la que poco a poco se iban dando cuenta de que compartían experiencias de colegio y adolescencia. Almorzaron en el comedor que daba sobre la terraza desde la que se veía a los aviones aterrizar en el aeropuerto internacional y que, ocasionalmente, interrumpían la conversación con el estruendo de sus turbinas. La madre conversaba hasta por los codos y contaba anécdota tras anécdota, una más sabrosa que la otra. Por la edad se le veía frágil, pero contaba de sus viajes y andanzas por la ciudad con sus otras hijas, que no vivían con ella, y viejas amistades que a esas alturas de la vida eran casi parte de la familia.

Se sentaron a la mesa a las doce en punto y la sobremesa se prolongó hasta cerca de las dos y media de la tarde. Entonces, por un tema que se desprendió de la conversación, la amiga

le propuso ir a tratar de encontrar una casa en la que él había vivido, a la que no había vuelto nunca y que, por casualidad, sin que jamás se hubieran encontrado en ese entonces, quedaba cerca del lugar que había sido el barrio de la niñez de ella.

—Después, si quieres, pasamos a visitar una exposición que tengo ganas de ver y que está en una galería a pocas cuadras de ahí —le dijo, y salieron a buscar el carro que estaba en el parqueo del edificio.

Afuera, la tarde estaba calurosa, pero el aire acondicionado eliminaba el bochorno y aminoraba el estrés del tránsito. No tuvieron que salir del área arbolada y de calles anchas de esa parte de la ciudad en donde todo parecía funcionar aceptablemente, no muchos baches en las calles, no demasiados mendigos, no demasiada mugre, aunque no faltó el semáforo en el que un niño de no más de ocho años se encaramó al capó del carro para tratar de limpiar el parabrisas.

Llegaron relativamente rápido, en unos veinte minutos, y empezaron a buscar el lugar en el que debió haber estado la casa. Habían pasado muchos años, demasiados, dijo él, tal vez cincuenta, y casi no reconocía nada, no solo porque la memoria lo traicionaba, sino porque había muchas modificaciones. Un arco que atravesaba sobre la calle le sirvió de referencia y, entonces, a mano derecha, pudo ver un par de casas que creyó reconocer. Estaban deterioradas y modificadas de forma tal que casi adivinó guiándose por algunos indicios de la topografía quebrada del terreno, pero cuando llegó al lugar en donde debió estar la casa en la que había vivido, no había nada. En el suelo había restos de mosaicos que creyó reconocer, aunque tal vez eran solo inventos y jugarretas que se hacía a sí mismo para tratar de encontrar algún asidero que le refiriera a ese lugar en el que recordaba que había sido feliz en la infancia.

Doblaron en un pequeño callejón que recordaba vagamente, aunque no tan estrecho y con construcciones tan precarias, y bajaron a tratar de reconocer el lugar. Además de que la casa ya no estaba, todo parecía pequeño y abandonado. Trató de recordar el lugar en donde estaba un naranjal en donde una vez había visto una rata blanca del tamaño de un gato, pero le fue imposible. Era inútil, no quedaban suficientes referencias como para reconocer nada, solo el arco que cruzaba la calle que estaba igual, aunque sin la enredadera que lo adornó en algún momento. Pero se sintió bien, como reconciliado con un pasado en el que la vida transcurría bajo la égida del padre y no se tenía conciencia del mundo que después se descubrió hostil y peligroso.

—Vamos a ver la exposición —dijo entonces la amiga.

Tuvieron que atravesar una avenida con mucho tránsito de la que no tenía memoria. Fueron para arriba y para abajo, pero, al final, se enrumbaron en la dirección adecuada y llegaron a una casa con un estrecho jardín frontal en el que había esculturas de hierro diseminadas en un espejo de agua. Entraron a un cuarto oscuro en el que se proyectaban imágenes de piedras con grabados que semejaban fósiles. En los otros salones, la artista jugaba con las mismas figuras variando tamaño y colores e imprimía papeles especiales para pintar con acuarelas. En una oficina de la galería había obras más interesantes, de artistas que en algún momento habían expuesto ahí, así que entraron y se quedaron un buen rato admirándolas, hasta que llegó el dueño y se pusieron a comentar algunos de los trabajos.

Les ofreció un café, se sentaron en unas sillas sofisticadas orientadas hacia el jardín trasero y hablaron sobre los planes que tenía la galería. El día había refrescado y los árboles ayudaban a que hubiera una sensación de bienestar y lejanía de las calles abarrotadas de carros. Sin que se dieran cuenta,

la tarde languideció, las sombras empezaron a alargarse y la gente de un par de oficinas que estaban en un corredor lateral se despidió, subieron a sus carros y se fueron.

Había llegado la hora de irse. El carro aún guardaba rastros del intenso calor de la tarde que moría, pero ahora bastó con que bajaran los vidrios para que el bochorno se disipara. La amiga nuevamente pareció vacilar en la orientación y dio un par de vueltas erráticas antes de encontrar la dirección en la que estuvo segura que iban en la trayectoria precisa. En una de esas, la calle topaba con un edificio azul de dos plantas que tenía algunos escudos pintados en la fachada. Ella se detuvo un momento para ver si venían carros desde la izquierda para luego doblar a la derecha. Cuando estaba arrancando, como casualmente, señaló el edificio.

—Ahí torturaban —le dijo, tal vez sin recordar que él tenía gente querida que pudo haber estado ahí.

Los nuevos vecinos

Desconfío de la naturaleza de las almas bellas.

GUILLERMO SACCOMANNO

Afortunadamente, los nuevos vecinos mantienen el estatus del barrio. Educados, bien vestidos, sin estridencias, tranquilos y de buen pasar, según se puede apreciar por su ropa y sus carros de modelo reciente, siempre bien limpios, relucientes. Nunca bajan o suben al carro en la calle, siempre en el garaje, una vez que el portón eléctrico ha bajado suave y silenciosamente.

Los fines de semana, especialmente los sábados por la tarde, llegan de visita quienes parecen ser los hijos, una mujer muy bonita seguramente cercana a los cincuenta, y un par de muchachos que se ven enérgicos y serios. Son discretos igual que sus padres, dejan los carros en la acera, bajo las jacarandas y entran sin aspavientos y sin molestar a nadie.

Es una bendición tener vecinos como ellos. Ya el barrio ha tenido malas experiencias anteriores que se han transformado en una tortura. Aquellos fiesteros que no dejaban pegar un ojo por el karaoke a todo volumen hasta altas horas de la madrugada, o los amantes de los perros que ladraban todo el día mientras los dueños se iban a trabajar. Gracias a Dios estos no, todo lo contrario, serios, educados, discretos. Él

sale todas las mañanas, aún en su pijama a rayas, a recoger el periódico que le dejan en el buzón en la puerta del jardín; ojea la portada, abre las primeras páginas y se regresa lentamente a la casa en donde desaparece tras cerrar la puerta lentamente.

A la señora se le ve menos porque no acostumbra salir a los negocios de los alrededores. Para eso está la muchacha, que también es de pocas palabras y no comenta, como otras, sobre sus patrones. Pero es una señora elegante, se ve que está acostumbrada a la ropa fina, de buen gusto. A veces viene a buscarla un carro con chofer que le abre la puerta del carro y hace ademán de ayudarla a subir. De lejos se ve que está acostumbrada a esas comodidades porque se sube sin aspavientos y se acomoda, muy señora ella, en el asiento de atrás en el lado opuesto al del chofer. Es una señora apenas para este barrio, que no se mete en la vida ajena, que vive y deja vivir.

Su casa está siempre con las cortinas cerradas y la puerta del jardín con llave para que no entren los abusivos que nunca faltan, los pordioseros, los vendedores que se animan a pasar hasta por los barrios decentes; y para asegurar la custodia un hermoso pastor alemán joven, bien cuidado, siempre alerta, pero discreto él también, que no ladra por gusto, pero mantiene a raya los que con la excusa de la limosna husmean tratando de encontrar cualquier cosa que esté mal colocada para llevársela.

Vecinos así son una bendición en estos tiempos terribles en los que nos ha tocado vivir. Aquí, mal que bien, todos tienen, como ellos, un arma o dos para defenderse, porque ya ni en su propia casa se puede estar seguro. Él sale a veces con una escuadra reluciente al cinto o con una cartuchera cruzada en el hombro izquierdo. Se le ve la culata cuando se agacha o hace algún otro movimiento y se le mueve el saco impecable. El chofer lleva en el carro un arma larga en el asiento del copiloto. La acomoda discretamente en el piso antes de

abrirle la puerta a la señora. Es el signo de los tiempos, hay que defenderse solo porque no hay quien lo haga por uno.

Se ve que antes, cuando trabajaban —porque por la edad ya no deben hacerlo— deben haber sido gente profesional acomodada de buen pasar; pero ni eso basta, sin embargo, para escapar de la maledicencia de la gente que siempre está atenta a levantar falsos y difundir chismes de los demás. Por ahí andan diciendo ya que no es que sean discretos, sino que él tiene prisión domiciliaria por quién sabe qué acusación de crímenes de lesa humanidad que no se le notan, cómo va a ser, si es un hombre tan atildado.

La entrevista

Siempre es difícil volver a casa.

ANTONIO DAL MASETTO

No era el lugar más apropiado, pero era lo que había, uno de esos que llaman sportbar, que tiene cuatro o cinco televisores encendidos con el volumen al tope y gente tomando cerveza como si fuera lo último que van a hacer en la vida. Buscaron una mesa apartada y encontraron una que estaba a un costado y vueltos contra la pared, podía funcionar.

Tampoco la comida era muy apropiada, alitas de pollo fritas con salsa barbacoa, chicharrones con aliño de limón, tacos con salsa chipotle. Pidieron unos nachos que resultaron incómodos porque había que comerlos con las manos, y los dedos embarrados de mayonesa eran un problema para manipular la grabadora y el lapicero.

Al principio, la conversación parecía fluir sin problemas y la grabadorcita prendida sobre la mesa se perdió entre las servilletas y las bolsitas de salsa de tomate que la salonera llevó en abundancia. Pero los papeles se habían invertido: el entrevistado era el entrevistador porque tenía ansias de saber sobre gente y acontecimientos del país al que no volvía desde hacía varios años, pero al final, el periodista supo enderezar las

cosas y empezó a preguntar, primero con largos circunloquios introductorios y luego, más seguro, con interrogantes directas.

Terminó el partido que había convocado a una barra gritona que a ratos no les dejaba oírse, pidieron otro plato de nachos y, entonces, el muchacho preguntó por qué se había ido del país, si había logrado triunfar en el extranjero y si había valido la pena. Se quedó pensando, no en las razones por las que le preguntaba, sino en si el tipo que tenía al frente sabía realmente todo lo que le había sucedido, las razones por las que el funcionario gordo y afeminado no quería darle el premio que le había otorgado el jurado y por las que le daba miedo salir del hotel. Se le hizo un amasijo de ideas en la cabeza porque no sabía qué hacer, si tratar de contarle alguno de los hechos más truculentos o reprenderlo por no prepararse como se debe para la entrevista.

Sintió que estaba tardando más de la cuenta en responderle y que el otro estaba a la expectativa. Tomó un sorbo de cerveza y, contra su costumbre, la paladeó lentamente solo para ganar tiempo y poder pensar. Le llevaba, por lo menos, veinte años y pensó que a lo mejor era normal que no estuviera enterado de muchas cosas, pero la idea le molestaba porque siempre se había rebelado contra ese olvido que parecía instalarse cada vez más en la gente joven. Si el entrevistador era de esos, no le interesaba conversar más.

Pero tal vez, pensó, era él quien se había apresurado al aceptar la entrevista sin corroborar previamente de quién se trataba. ¿Pero quién era él para determinar de antemano lo que debía saber ese muchacho? Tanto que se quejaba de que nadie se acordaba de él y cuando alguien se interesaba quería que supiera los pormenores de su vida. Tal vez era demasiado soberbio y toda la imagen de humildad que proyectaba y que él mismo se creía, no era más que una farsa. En el fondo, sabía que lo era: le encantaría decir después, cuando alguien

le llamara por teléfono, «perdón que no pude atenderte, pero me estaban entrevistando».

El entrevistador llegó en una moto roja de escaso cilindraje y destartalada. La dejó en el estacionamiento del hotel, y lo primero que le preguntó después de saludarlo fue que si él, como huésped, tenía derecho a que él se estacionara sin tener que pagar. Tenía. Pidieron una boleta que lo autorizaba a quedarse hasta tres horas y se le vio aliviado.

—El parqueo en hoteles como este es muy caro —dijo como a manera de excusa.

Era un hotel cinco estrellas al que el entrevistador no iba más que para ocasiones como esta, pero jamás había tenido la oportunidad de hospedarse. El otro, sin embargo, se veía a sus anchas, como si estuviera acostumbrado a lugares lujosos como ese. Tal vez por eso fue que se le ocurrió preguntarle si había tenido éxito en el extranjero, en donde vivía hacía tantos años, aunque, como él bien sabía por experiencia propia, con la literatura solo tienen éxito unos cuantos contados con los dedos de una mano y no precisamente en ese país. Vio que se quedaba pensando y creyó que estaba haciendo el recuento de sus éxitos. Estaba acostumbrado a que los de la farándula, como les llamaba su jefe, fueran presumidos, se creyeran algo así como el centro del universo y que todo giraba en torno a ellos. Pero el entrevistado no pensaba en sus éxitos, sino en que estaba demorando demasiado la respuesta y no quería que el otro creyera que no le había escuchado, y fue entonces cuando cayó en cuenta de que era precisamente eso lo que habían hecho con él toda la vida: dejarlo esperando, responderle con el silencio, hacer como que no habían escuchado sus preguntas. Entonces suspiró, volvió a ver al entrevistador y esbozó una sonrisa.

Ella se asustaba mucho

*Yo me confieso del linaje de esos que
de lo oscuro hacia lo claro aspiran.*

GOETHE

Lo que realmente me dolía era que ella se asustara, que le dieran pálpitos y sofocos, que sudara, y un vasito de agua era todo lo que yo tenía para tratar de calmarla. Pero ella me decía que siguiera, que lo que yo estaba haciendo era lo que tenía que hacer y se iba para misa todas las mañanas y rezaba por mí con esa fe inmensa que ella tenía y que yo le agradecía tanto. Cuando pasaron tirando granadas fue terrible. Una cayó en el tanque de agua que habíamos puesto en el patio de atrás, porque en la colonia nos cortan el suministro cada dos por tres. Se nos inundó la casa, se llevó el comedorcito, quebró dos sillas y se nos arruinaron los muebles de la sala. Eso fue la noche antes de la sentencia de lo del general, y ella había estado desde las siete en oración para que me diera fortaleza, decía ella, cuando de repente se viene el bombazo, o los bombazos, porque fueron dos. Ella hasta por los policías que me habían puesto de custodia pedía. Salía al garaje en donde les habíamos acondicionado un poquito para que no la pasaran tan incómodos metidos en las radiopatrullas y les preguntaba por sus familias, les preparaba algo para comer y cosas así.

Ahí donde estábamos vivíamos muy expuestas y yo trataba de convencerla de que nos fuéramos a un lugar más seguro, pero ella no quería, decía que ahí tenía a sus amigas con las que rezaba el rosario, con las que se iba caminando a misa todas las mañanas, y eso era de las cosas que me daban más miedo, me mantenía intranquila y desde el trabajo, estuviera haciendo lo que estuviera haciendo, la llamaba para ver si había regresado bien, si todo estaba en orden. Porque que me hicieran algo a mí, vaya y pase, pero que me la tocaran a ella sí que me habría vuelto loca.

Ahora quiero comprarle unos zapatitos que le queden cómodos porque le molestan mucho los juanetes. Como yo salgo temprano y casi siempre regreso tarde, ella tiene que hacer los oficios de la casa y se la pasa de arriba para abajo, y yo quiero que tenga unos zapatitos cómodos, que no le aprieten aquí adelante donde tiene los juanetes. Es lo menos que puedo hacer como agradecimiento, por todo lo que ella soporta sin rechistar, como si fuera parte de una penitencia que le han puesto o algo así.

La llevo a la misa del domingo en la radiopatrulla, porque a mí no me dejan que ande sola en carro, hasta lo vendí porque lo tenía ahí parqueado en el garaje y preferí sacarlo y acondicionárselo a los señores policías que me han puesto para que me cuiden. Es realto ese carro, a gatas tenía que subir la pobrecita, medio arrastrándose, y ya adentro se acomodaba en el asiento y se iba viendo por la ventana como con nostalgia, digo yo, o con tristeza, tal vez por las cosas que llegó a ver y lo que nos hicieron, como eso de las granadas que nos tiraron, o las llamadas que nos hacían por teléfono para amenazarme o insultarme, que a veces era ella las que las recibía y no sabía qué hacer, se quedaba como congelada con el teléfono en la mano, al punto de que quise quitar el teléfono fijo de la casa, pero ella también se opuso a eso, que dizque tenía

unos primos allá por Gualán que no tenían celular y solo por ese teléfono se comunicaban con ella.

A mí me daba mucho pesar que ella se la pasara asustándose tanto, me parecía que le afectaba su salud, que la iba minando por dentro, una mujer de su edad pasando por esas. Pero ella me decía que se sentía orgullosa de mí, que hiciera lo que me dictara mi consciencia, que, aunque ella no entendía de leyes, estaba segura de que lo que yo estaba haciendo era lo justo y lo correcto, y nunca le oí el más mínimo reproche, ni una palabra, ni un gesto, nada.

Como yo había sido de las mejores en los estudios, siempre estuvo muy orgullosa, creía que todos me admiraban y me ponían en un lugar especial, como sus santos en sus nichitos en su cuarto, pienso yo, cada uno puesto en su lugar, arregladito y con su veladora propia, y por eso, cuando supo lo que me estaban haciendo en el trabajo, que me aislaban y solo me daban casos de mareros, que me hacían el vacío y hasta se rumoraba que querían acusarme de cosas innombrables, a lo mejor para ver si agarraba y me iba como los otros que han tenido que irse y ahí andan dando botes en el extranjero, se puso más triste todavía, como descreída del mundo, como decepcionada de todo, y yo vi cómo se fue apagando, haciéndose como una pasita cada vez más débil, hasta que ya un día ni se levantó de la cama y así pasó como mes y medio, apenas abriendo los ojos para rezar el rosario con las vecinas que llegaban donde ella para no dejarla sola, comiendo como pajarito, apenas para mantenerse. Yo le decía que no hiciera caso, que era gente malvada sin corazón que solo veía por sus intereses y yo creo que ella me comprendía porque me agarraba la mano y me acariciaba, como dándome a entender que ella comprendía todo, pero que ya estaba cansada, digo yo, ya esto es idea mía, porque ella nunca me dijo nada, si apenas le salían unos como murmullos

que uno no entendía por más que le pegara el oído a la boca para tratar de captar algo.

Y así se fue apagando, hasta que una mañana, cuando me levanté, la encontré como que fuera una santa en su cama, como durmiendo, pero ya se me había ido. Fue la pena, digo yo, la decepción de la gente, lo que se la llevó, y vaya que no se dio cuenta de lo que ha venido después, esa persecución cada vez más constante, más acuciosa, más agresiva, como que fuera delincuente, o viciosa, o corrupta, qué se yo. No habría resistido, se habría vuelto amargada, ella que siempre fue tan optimista, tan alegre, tan dicharachera y que, a pesar de los sustos que nos daban, rápido se reponía y me conminaba a no dejarme, a seguir adelante. Quién sabe de dónde sacaba fuerzas, de dónde sus convicciones, porque ella era una señora de su casa que nunca se metía en nada, pero que un par de veces, antes de que nos tiraran las bombas, sin que yo supiera en dónde se había enterado, me dijo con mucha convicción que ese asesino no tenía perdón.

El papá de Marielita

Hoy conocí a la hija menor de mi primo. «Esa es Marielita» —me dijo la tía—, «la hija de tu primo Federico». Como he estado tantos años ausente, ni siquiera sabía de ella. Es una niña de unos cuatro o cinco años que se ve que tiene un gran mundo interior. Estaba sentada en una pequeña silla con un vestido celeste en el rincón en donde ha estado siempre el teléfono en la casa de mis abuelos. El corredor lleno de helechos e iluminado por el sol era el sitio preciso para oírla tararear una canción mientras se entretenía arreglando el vestido de una muñeca. Como no había nadie más que mi tía, la niña y yo en la enorme casa, había mucho silencio, solo a veces se oía a lo lejos al perro en la terraza.

En un instante se me aglomeraron las ideas y los sentimientos en la cabeza. Me quedé viéndola, tan ajena a todo que me desubiqué. Cuando vuelvo, cada lugar me dice cosas, me recuerda historias, como si hubiera bolsones de tiempo paralelos escondidos en todas partes, y verla a ella me evidenció cómo pueden convivir mundos tan distintos en un mismo

lugar, porque para ella todo eso que me bulle en la cabeza no existe. Por un instante me vio, creo que sin verme realmente, y siguió con su cancioncita y el arreglo de la muñeca.

A Federico, su padre, yo siempre le vi algo como desasegado en los ojos, una especie de mirada esquiva como la de alguien que teme algo o se siente incómodo. Puede haber sido la familia disfuncional, el padre borracho que los agredía, las peleas en las que él hasta tuvo que defender al hermano más pequeño para que no saliera lastimado. Pero los otros hermanos no eran así, eran más bien desafiantes, gritones, hasta un poco cínicos. Él, sin embargo, en medio de ese ambiente de machos peleoneros, aunque no se quedaba atrás a la hora de las barrabasadas, tenía una especie de timidez o inseguridad que hacía todo lo posible por disimular.

Una vez, siendo un adolescente, lo invitamos a que viniera al mar con nosotros. Sin la pandilla de hermanos era un tipo callado, tal vez podría decirse que ensimismado, torpe de movimientos. En el camino lleno de curvas de regreso a la ciudad vomitó y eso terminó de aislarlo. Durante todo ese fin de semana no supimos cómo tratarlo porque los códigos que nos regían cuando estaba con sus hermanos no funcionaban cuando estaba solo. Lo pasamos dejando, se bajó, le entregamos su mochila, dio la vuelta y se encaminó como derrotado hacia su casa; no volvió a vernos y cerró la puerta lentamente tras de sí. Nos quedamos un momento en silencio y nos fuimos sin comentar nada.

Teníamos a esa tía en común que cuidaba a los abuelos. Vivían en la casa grande que había sido la de la familia hacía muchos años y que todos conocíamos como la de los abuelos que era en donde yo acababa de conocer a Marielita. Un día apareció viviendo ahí, en una de las tantas habitaciones del segundo piso, junto a la terraza desde donde se veía la cúpula de la iglesia. La relación con la tía se hizo estrecha,

le servía de chofer, le ayudaba con las bolsas de la compra del mercado. Seguramente no estaba estudiando porque se le veía siempre ahí, un poco a la expectativa de lo que la tía le pidiera, tranquilo, callado, como no queriendo ser detectado, algo difícil porque medía casi dos metros y tenía un pelo que parecía un nido de pájaros que llamaba la atención adonde fuera.

La vida nos separó y la última vez que lo vi había vuelto a su casa con sus hermanos. Llegaron muy elegantes todos a una fiesta de fin de año a esa casa de los abuelos. Lucían a la moda típica de los años setenta, melena, anteojitos redondos con lentes de color azul o amarillo, zapatos de plataforma y pantalones acampanados. La pinta era mezcla de dandis y gánsteres y todo parecía indicar que les gustaba mostrarse como una pandilla avasallante. Pero seguían siendo los primos y no nos sentíamos intimidados, sino más bien curiosos en esa época de cambios que es la adolescencia, cuando cada quien va tomando su propio rumbo y va aflorando la personalidad que definirá a cada uno en el futuro.

La pasamos bien esa noche, a pesar de un episodio desconcertante que por años pasé por alto: en un momento dado, junto al teléfono frente al cual ahora estaba sentada Marielita, Federico sacó un mazo de fotos, tal vez unas diez o quince, en las que aparecían ellos simulando el enterramiento de alguien que parecía estar golpeado. A pesar del ambiente violento del país en aquellos años, cuando hasta los chistes eran macabros (y creo que pensamos que podía ser uno de ellos), lo que mostró era impactante. Hubo un silencio, y alguien de los mayores que iba pasando se acercó, le lanzó una mirada censora, y se fue. Luego no lo volví a ver, aunque siempre tuve alguna noticia esporádica de él por comentarios ocasionales de familia y pude seguirle vagamente el rastro, como una sombra a la que no se le pone atención, pero está ahí. Había, sin embargo, algo que no lograría definir del todo cada

vez que se hablaba de él, una especie de lenguaje esquivo y miradas que se desviaban para evitar sostener la mirada, hasta que una tarde pregunté un poco más y, al final, con reticencia, me dijeron: «Las fotos no eran una broma».

Lo sabía

Nunca entendí bien la relación de parentesco que tenía Chito con mi papá. Creo que era un primo lejano, pero cuando me pongo a sacar cuentas no sé hijo de quién habría podido ser en esa maraña borrosa de familiares que tenía y que estaban en una nebulosa en mi cabeza. Lo cierto es que de todos ellos no sabíamos casi nada y no veíamos más que ocasional y fugazmente a alguno.

Tenía un hijo que se llamaba Fernandito, que había venido dos veces a casa porque tenía un proyector con el que pasaba películas de dibujitos en los cumpleaños. Eran en blanco y negro, de esas en las que los personajes solo emiten sonidos inconexos y hay una música de foxtrot de fondo, que mantenían tranquila a la banda de invitados que parecía que iba a desarmar la casa. Recuerdo vagamente que una vez Fernandito tenía un carrete de película sin usar que ofreció para tomar algunas imágenes familiares. En casa se conversó durante días a dónde se podía ir para aprovecharlos y, al final, fuimos una mañana a un parque y se filmaron imágenes en las que aparecemos mi hermano y yo corriendo y sentados en la hierba.

Era un muchacho de pelo negro, un poco regordete que hablaba poco, al que en aquellas fiestas de cumpleaños le servían una porción de pastel más grande que a los niños. No sé por qué, me llamaba la atención verlo comer en silencio en la penumbra al fondo del cuarto, y por hacerlo me perdía la historia muda que se estaba proyectando sobre una sábana.

De Chito nunca tuve la menor idea de dónde vivía ni si tenía más hijos. Debo haberlo visto unas cuatro o cinco veces en mi vida y siempre en las mismas condiciones, totalmente borracho y como arrastrado por una ola de soledad que lo devastaba. Trabajaba en un órgano de seguridad del Estado que se llamaba la G2, nombre que en aquellos tiempos no significaba nada para mí, pero que con los años se transformó en una presencia cuya sola mención traía premoniciones siniestras, y yo no puedo asociar su figura derrumbada de mirada perdida con ese trabajo tenebroso.

A veces, cuando le daba por tomar, se aparecía por casa. Era alto, de piel muy blanca, ojos claros y saltones y, desde muy joven, de pelo escaso. Tocaba el timbre y cuando le abrían, se quedaba de pie en el umbral, tratando de mantener el equilibrio o tal vez de disimular torpemente el estado en el que estaba.

Mi mamá salía y le decía «¡Chito, qué sorpresa, pase adelante!», y lo sentaba en unos silloncitos de mimbre que había en el corredor, al lado del patio. Era un hombre manso que con todo su cuerpo y actitud parecía pedir disculpas, no se sabía muy bien de qué, tal vez solo de estar ahí. Le ofrecía una limonada y él la aceptaba con una leve inclinación de cabeza y un murmullo o quejido, la recibía ceremoniosamente, pero nunca la tocaba. Por la noche, cuando llegaba mi papá, mi mamá le comentaba «vino Chito», y mi papá decía «pobre hombre», y se quedaba en silencio.

Los sillones de mimbre eran dos, y aunque tuviera mucho que hacer, mi mamá se sentaba en uno y acompañaba a Chito que no decía nada ni intentaba hacerlo. Como sabía el estado en el que llegaba, mi papá preguntaba si Chito se había portado bien, y mi mamá le respondía que sí, que era muy correcto, pero que no decía nada. «¿Y qué va a decir?», decía mi papá y repetía lo de pobre hombre varias veces. Mi abuela decía que lo del Chito era una tragedia, pero que qué se le podía hacer. Suspiraba, decía «sea por Dios» con resignación y se estrujaba las manos.

Cuando venía a casa el Chito a veces lloraba. Que yo recuerde, solo una vez lloró muy fuerte y mi mamá se asustó, pero la mayoría de veces solo sollozaba y lloraba bajito. Eso sí, le salían muchas lágrimas que le mojaban todo el rostro. A mí me rompía el corazón verlo llorar en las tardes soleadas en las que se sentaba, con las piernas largas y sus pantalones cortos que dejaban ver sus calcetines aguados que se le deslizaban hasta los tobillos.

Fernandito no volvió a venir a los cumpleaños y mi abuela decía que era porque «lo habían agarrado». «¿Tú crees que lo devuelvan?», le preguntaba a mi papá, y él, sentado y sin mirarla mientras ella daba vueltas alrededor suyo, le decía «no creo, madrecita», porque mi papá le decía madrecita a mi abuela. Él, además, sabía que Chito estaba al tanto de en dónde lo tenían y lo que le estaban haciendo.

El general y las avispas

*La vida te da sorpresas
sorpresas te da la vida, ay, Dios.*

RUBÉN BLADES

«¡Qué ironía!», alcanzó a pensar el general en medio del tumulto, los gritos desesperados, el ulular de la ambulancia y el dolor insoportable en todo el cuerpo mientras llevaban trabajosamente cargado, exánime y quejoso en la mañana luminosa, su cuerpo gordo y fofo que se le escapaba de las manos a los enclenques mozos que apenas podían con él, que resbalaban en el césped prolijamente cortado y sudaban angustiados, como si fueran ellos los culpables, porque al general se le iba la vida entre sus manos.

Todo había estado perfecto, el tibio sol de la mañana, el suave viento de mayo, el olor de las magnolias y, a lo lejos, el rumor de los niños jugando en la piscina, mientras bajaba lentamente por la joroba ondulada de la loma que moría en el corral de los purasangre que relinchaban nerviosos oliendo al amo acercarse orondo, balanceando el cuerpo satisfecho y pleno, acorde con la sonrisa complaciente que le adornaba el rostro.

«¡Que ironía!», alcanzaba a repetirse el general con la mente enfebrecida mientras su cerebro desplegaba a mil por hora su vida entera, hasta lo que había olvidado hacía mucho

tiempo, lo que parecía haber sucedido en otra vida y lo que su mismo cerebro había borrado. Todo, absolutamente todo, sin tapujos, lo que solamente él sabía, lo que se iría con él a la tumba. ¿Por qué hacía eso el cerebro si él saldría, como tantas veces, victorioso, «en caballo blanco», como decía su mujer?, ¿o era que ya su organismo se había dado cuenta que de esta no saldría? ¿Él, el de las mil batallas, el tantas veces victorioso que había sido comparado con el «mataindios» de la conquista, quien no se había tocado el corazón persiguiendo indios relamidos por las montañas; quien no vaciló en ordenar que se echaran cuerpos de infantes en el pozo de un pueblo perdido; quien vio con desparpajo abrir el vientre de las mujeres embarazadas?

Todo eso pensaba el cerebro atormentado del general que, despatarrado, era llevado por los mozos sudorosos que a duras penas levantaban su cuerpo elefantiásico en esa mañana luminosa y tibia, perfecta para compartir con la familia, para el goce de los sentidos y el disfrute de la vida después de tantos avatares, de tanto vituperio, cuando el general había logrado alcanzar, por fin, la paz, el regocijo sin ansias, el silencio del amanecer y la contemplación plácida del atardecer; cuando los gritos del zafarrancho del combate se habían perdido en algún recodo del camino y los reclamos exaltados de las madres de los muertos se habían quedado flotando en algún lugar del valle que se extendía, impasible, a sus pies en esa mañana tibia en la que era cargado fatigosa y angustiadamente hacia la ambulancia que lo esperaba, ululando, al final de la loma que recorría con tanta displicencia hacia solo unos minutos, con tanta satisfacción y complacencia, como si siempre hubiera sido un señor apacible y trabajador y no el audaz decidor de frases lapidarias que resumían el espíritu de una época, la visión de los vencedores, los dueños de la vida y la muerte que escogían con desparpajo quién debía

morir y determinaban la hora, el lugar preciso, el nombre de los ejecutores, los premios que recibirían y el lugar en el que los colocaría en el escalafón de la muerte.

Ah, general, qué mala suerte la suya, esforzarse tanto, hacer tantos méritos para estar en la lista de los más aborrecidos y, al final, terminar así, cargado como una masa informe y desparramada arrojada de cualquier forma en la sucia plataforma de una ambulancia enviada a la carrera desde un hospital de provincia en el que seguramente no habría nadie que supiera lo que se merece, y tener que transitar por ese camino infecto lleno de hoyos que terminó de matarlo de tanto aporrearse sin que hubiera nadie que, por lo menos, le pusiera un cataplasma en las picaduras más evidentes de esas abejas asesinas que lo persiguieron a través de la verde campiña como una nube de presagios funestos, como una venganza divina que le cortó el camino de vuelta hacia la casona que lo esperaba, salvífica, allá arriba, a lo lejos, como una meta inalcanzable a la que trató de llegar desesperadamente en medio de los aullidos de dolor que lanzaba al viento, gritos ahora suyos y no de los que usted había escogido para el ajusticiamiento o el escarmiento de todos los que, horrorizados, veían saltar las tripas, los ojos, las lenguas amoratadas, los sesos, que esparcidos sobre las piedras y el suelo no parecían materia propicia para el pensamiento.

¡Por Dios, general!, ¿quién lo hubiera pensado?, ¡terminar de esa forma ignominiosa, la menos pensada, la menos esperada y, menos aún en esa mañana esplendorosa de fines del mes de mayo! ¡Ah, sorpresas las que depara la vida, tanto recoveco en donde, a la vuelta, está lo inesperado, lo imponderable, lo que no se pudo evitar ni con todo el poder del mundo! Tanto velar por la seguridad de todos, los muros perimetrales de cinco metros de altura, las alambradas electrificadas, las cámaras a control remoto, los guardas con perros

adiestrados, los registros obligatorios a la entrada, y venirse a encontrar, inopinadamente, una colmena de abejas asesinas, intentar robarles un poco de miel, como hizo tantas veces sin que pasara nada; todo por tener un poco de dulzor en la punta de la lengua esa mañana maravillosa que ya se estaba convirtiendo en la última de su vida, en el punto final que nunca pensó que llegaría alguna vez, y menos de esa forma tonta e inesperada, cuando se había levantado con tan de buen humor, tan optimista, viendo todo ordenado, como debía ser, sintiéndose pleno y realizado, en el clímax de sus sesenta años.

Y, por último, general, ¡qué cosas las de la vida! Llegar al hospital y encontrarse con la mediquita graduada en Cuba que lo reconoce, que pregunta «¿pero no es este el que estuvo allá en El Bajo hace veinte años?», y que se dé la casualidad de que ahí vivían los padres de la muchacha que sabe que fue ese gordo desparramado en la camilla el que pasó frente a ella en aquella tarde funesta de hace veinte años que no se le borrará nunca de la cabeza.

Ellos nos faltan

El cielo terso azul y los alrededores de un verde deslumbrante. Alguien había dicho que la casa era como un balcón sobre la selva, o lo que iba quedando de ella, a donde llegaban volando los pájaros. Había sido el sueño largamente acariciado y postergado después de tanto ir y venir, de malentendidos con los amigos que, de mucho conversarlo, pensaban que sería una mansión y no la cabaña liviana que se elevaba sobre el suelo húmedo que, en vez de paredes, tenía ventanas que dejaban entrar la luz lechosa contaminada con el vapor que emanaba del suelo cuando calentaba el sol a media mañana.

La madera era de los alrededores, de un pequeño bosque de cipreses cultivado para que, cuando los árboles tuvieran el grosor suficiente, sirvieran para levantar una casa como esa. En los días calurosos de marzo, las puertas corredizas se abrían y parecía que se estaba sobre una plataforma que flotaba sobre un estanque esmeralda sombreado por los árboles.

La fue viendo levantarse durante los meses que tardó su construcción. Primero el esqueleto, que ya dio una idea de las

dimensiones; luego el piso, que al principio fue una tarima sucia por la que transitaban todos con los zapatos embarrados y que solo al final, lijada, mostró la madera con las betas del ciprés resplandecientes. Por el camino fue decidiendo en dónde iban las escaleras, si se ponían dos peldaños o solo uno en un descanso, el ancho de las puertas, el lugar en donde debían conectarse los aparatos eléctricos. Cuando armaron la chimenea puso un asiento desvencijado al frente, y con los restos de las tablas con los que hicieron la fundición de las columnas que elevaban la casa, disfrutó por primera vez del fuego mientras llovía a cántaros y la brisa soplaba con fuerza abatiendo los árboles cercanos.

Construir una casa, por mucho cuidado que se ponga, transforma sus alrededores en un lodazal en el que se queda pegado el calzado que luego no se encuentra, enterrado como está en el fangal, más si en el lugar llueve a veces de día y de noche sin pausa, relampagueando, con viento y frío. Así que lo que siguió después de que se fueron poniendo los cristales, se atornillaron las bisagras de las puertas y se fueron asegurando los picaportes, fue dejar que se recuperaran las hierbas, las hojas que refulgían al sol húmedas por la niebla de la mañana, los tallos quebradizos coronados por paraguas peludos; dejar que de nuevo avanzara desde donde habían sido arrinconados echando sus raíces trepadoras sobre el cielo, que resurgiera desde la profundidad las hierba que parecía desaparecida, pero que solo estaba atemorizada por el trajín salvaje de la construcción de la casa.

Solo fue tarea de dejar hacer, de dejar crecer sin intervenir para no dañar la delicadeza en expansión del manto verde que fue haciendo desaparecer el barro y se aproximó silenciosamente hasta la sencilla balaustrada de la escalera de la entrada, y empezó a trepar por las columnas que levantaban y sostenían la casa que navegaba en el mar de verdura.

Después pasaron meses, y hasta años, para que se fueran armando lentamente los adornos de las paredes, los cuadros multicolores, las maderas tachonadas de conchas, madreporas petrificadas, esqueletos de erizos marinos blanqueados al calcinante sol del mar Caribe. De lugares distantes fueron acarreadas pequeñas joyas relucientes provenientes de las profundidades del mar, maderas talladas y coloreadas, fósiles milenarios que salieron a las costas desde la fosa gigantesca en donde se sepultó el meteorito que mató a los dinosaurios. Sobre las camas, los cubrecamas coloridos; sobre las mesas, las fajas coloradas o verdes o anaranjadas, y en los baños, las toallas blancas.

Al cabo del tiempo, llegaron los amigos. Entraron a hurtadillas descubriendo los rincones y maravillándose del verdor que ya estaba invadiendo todo. Bajo un árbol gigantesco asaron carne, bebieron vino, oyeron música y rieron a mandíbula batiente hasta que el atardecer los obligó a guarecerse huyendo de la ventisca que se levanta en esas alturas cuando desaparece el sol y llega la noche. Se despidieron tarde, el último casi de madrugada, y solo quedó el canto de los grillos, el ulular del viento entre los cipreses, el poderoso olor que emanaba del suelo y las plantas silvestres. Entonces se sentó, lloró un poco y escribió:

*Quando se reúnen
los amigos
después de tanto tiempo
se oyen las risas
cristalinas en el aire
porque se está feliz
con el encuentro.
Después de la lluvia
callamos*

*mientras los hijos
corren por el campo
y la tarde cae
entre los cipreses.
Con nosotros están
los ausentes,
nuestros muertos queridos,
y aunque el día ha estado
radiante de alegría
ellos nos faltan.*

Índice

El rostro del mal	9
El operativo	13
Los viejitos	19
Los amigos	25
La Harley Davidson	31
Jueves Santo	37
El lugar del padre	43
El Guitarra	47
El Opel amarillo	51

Un lugar sagrado	57
Jinetes del Apocalipsis	63
Raquelita	69
En la esquina	73
Los pies no le llegaban al suelo	79
Va a haber sorpresas	85
No llegó	91
Ahí torturaban	97
Los nuevos vecinos	101
La entrevista	105
Ella se asustaba mucho	109
El papá de Marielita	113
Lo sabía	117
El general y las avispas	121
Ellos nos faltan	125

Bajo el indiferente azul del cielo
se imprimió en el mes de noviembre de 2023.
en la Imprenta Bicentenario de Carabobo.
Caracas, Distrito Capital, Venezuela.
Son 1.000 ejemplares.

• Colección CONTINENTES •

Con la prosa suelta, realista, firme, experimentada y precisa de Rafael Cuevas Molina, viajamos a través de veinticuatro historias concebidas con una contundencia literaria que da testimonio de su dominio de la narración y su trabajo con la palabra, en cuyo oficio lleva ya un largo camino. Las historias aquí congregadas trazan un recorrido sigiloso y, al mismo tiempo, abrumador del andar humano. Ellas nos sacuden y nos reflejan, porque sus personajes experimentan situaciones con las que, seguramente, los lectores podrán recrear historias donde lo real, lo etéreo, lo palpable y lo probable se dan la mano en una articulación plena del lenguaje.

RAFAEL CUEVAS MOLINA (Guatemala, 1954). Escritor, ensayista y pintor. Como artista visual tiene más de veinte exposiciones individuales. Es profesor-investigador del Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional, Costa Rica. Ha sido director del Doctorado Interdisciplinario en Letras y Artes de América Central, de las maestrías en Estudios de Cultura Centroamericana, en Derechos Humanos y Educación para la Paz, y en Estudios Latinoamericanos. Ha publicado más de quince libros sobre cultura e identidad, educación crítica, medios de comunicación en América Latina y múltiples artículos sobre las mismas temáticas en revistas académicas y culturales. Asimismo, ha publicado dos poemarios y doce novelas, entre las que se encuentran: *Vibrante corazón arrebolado* (1998); *Pequeño libro de viajes* (2003); *Como el aire*, ganadora del Premio UNA-Palabra 2019, y *Polen en el viento* (2020). Ganó el Premio Nacional de Literatura Miguel Ángel Asturias 2021.



IMPRESO EN TIEMPOS DE
GUERRA ECONÓMICA
CONTRA VENEZUELA



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura

